EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LA TORRE DE GARÁN,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.
A tientas.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.

Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estio.
Las aventuras de un gaban.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.
¡Presente, mi General!

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreux.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos despecho y amor.
Conde, ministro y lacay
Corona y tumba, ó el re
Sigerico.

Duda en el alma, ó el en
de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpi
Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el jue
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmen
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamar
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cris
mera parte.)
El conde de Monte-Cr
gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el
la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una ma
El sereno de Glukstadt
El subterráneo del casti
El génio contra el pode
chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey
El libro negro.
El judio errante.
En el crímen va el ca
condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita
El corazon de un padr
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está la eda
El tio Martin, ó la hon

LA TORRE DE GARAN.

LA TORRE DE GARAN,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. ISIDORO GIL Y D. EDUARDO ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro de Novedades el 11 de Octubre de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
SERAFINA DE LA FAILLE..	SRA. D.ª CONCEPCION MARIN.
MADAME DE GARAN........	LORENZA FINA SEGARRA.
MARIANA (al servicio de madame de Garán)...........	MARIA DEL PILAR SEGARRA.
JORGE DE GARAN..........	D. VICTORINO TAMAYO.
EL CARDENAL DE RICHELIEU..................	JUAN BENEDI.
EL CONDE DE MONTGERON.	ANTONIO BERMONET.
EL BARON DE LA FAILLE...	JOSÉ SANCHEZ.
DOMINGO (soldado viejo al servicio de la familia de la Faille).	DAMIAN VALLE.
MARCIAL (su hijo)...........	JOSÉ CÓRCOLES.
EL DOCTOR GUENAULT....	PEDRO GALÉ.
EL GOBERNADOR DE POITIERS..................	CEFERINO HERNANDEZ.
MR. DE BASSOMPIERRE.....	CLAUDIO COMPTE.
MR. DE TERMES...........	ISIDORO LOZANO.
UN CAPITAN DE GUARDIAS.	JOSÉ RODRIGUEZ.
DESSALEUX (albañil).......	VIRGINIO ZARAGOZANO.
UN CORTESANO...........	JOSÉ CALVO.
EL POSADERO.............	MANUEL GARCIA.
UN CORREO...............	PEDRO TOBIA.
UN UGIER.................	JOSÉ BLANCAS.
UN CRIADO...............	RAFAEL GARRIGOSA.
HUGUET (tabernero).........	N. N.

Damas y señores de la córte.—Oficiales guardias: Ujieres.—Aldeanos de ambos sexos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el parque del castillo de la Faille. A la derecha, en primer término, una mesa de piedra, y cerca de ella un banco de lo mismo y un árbol aislado: á la izquierda, tambien en primer término, una mesa rústica de madera y dos sillas de la misma clase: al propio lado y á la altura del segundo bastidor la casita que habita Domingo: cerca de la mesa un árbol grueso. Al fondo una verja que atraviesa todo el teatro, con puerta practicable en medio. Telon de selva.

ESCENA PRIMERA.

DOMINGO.

Al levantarse el telon aparece Domingo limpiando una escopeta: vá y viene mirando hácia dentro, y manifiesta en sus movimientos suma impaciencia.

¿Pero cuándo volverá Serafina? Salió esta madrugada sin avisarme, para dar su paseo á caballo, y no ha vuelto todavia... Si el señor de la Faille viniese ahora y me preguntase por su hija... ¿qué le responderia?... ¡Ah!... soy demasiado complaciente con ella! Diablo!... es que yo soy su padre tambien. El señor de la Faille, presidente del tribunal de suministros en Paris, está casi siempre ausente... y Serafina no ha conocido á su madre... Asi es que cuando mi pobre mujer, que la habia criado, murió, dije para mí: ea, esta pobre niña no tiene mas que

á su viejo Domingo que la ame... Pues bien... el viejo Domingo la amará por todos... y ¡por vida mia que me despacho bien... porque si no temiese ofender á Dios, diria que la amo mas que á mi hijo Marcial, su hermano de leche!... ¡pobre Marcial! he hecho de él un soldado como su padre... bien á pesar suyo... porque al perillan no le gustaba oler la pólvora... pero vaya, ya se acostumbrará, y para empezar le he enviado al sitio de la Rochela... ahí cerca... para azuzar á los señores hugonotes... tambien como su padre... (Con orgullo.) En este momento quizás suba al asalto.

ESCENA II.

MARCIAL, que viene por la izquierda, DOMINGO.

MARC. No, papá... bajo del macho.

DOM. (Volviéndose.) ¡Eh! ¡cómo!... ¡qué veo!... ¿eres tú?

MARC. Yo mismo en carne y hueso. Abrazadme, papá... (Domingo le abraza.) Ahora yo á vos. (Vá á abrazarle.)

DOM. (Deteniéndole.) Un instante. Vamos despacio, señor hijo, ¿cómo es que os veo aqui cuando en la Rochela se estan batiendo?

MARC. Pues justamente porque se baten en la Rochela es por lo que estoy yo aqui. Escuchad, papá: porque vos hayais sido soldado y porque vos me hayais puesto por nombre Marcial, no debe decirse que á mí me guste la guerra. Como buen hijo que debe obediencia á su padre, he querido, por obedeceros, probarme á tomar gusto á los arcabuzazos, á los cañonazos, al manejo de las armas, á las escaramuzas, etcetera; pero por mas que yo he puesto por mi parte no les he cogido el gusto.

DOM. Bien; ¿y qué?

MARC. ¿Qué? que yo no he nacido para esas grescas: son contrarias á mi temperamento... yo soy un hombre de emociones.

DOM. ¿Qué estás diciendo ahí? ¡hombre de emociones!

MARC. Si, papá... un sabio me ha explicado eso... Cuando se acerca el peligro el corazon es fuerte... mas el diantre de las emociones me paralizan las piernas... toda la fuerza está aqui; (Señalando al corazon.) pero aqui... buenas noches! (Id. á las piernas.)

DOM. (Indignado.) ¿Serás cobarde?

MARC. (Sobrecogido.) ¡Cobarde yo!... ¡quitad allá! no seria hijo vuestro... Tres veces he seguido á mis compañeros al asalto... con el corazon... ¡oh! el corazon marchaba... marchaba al escape como ellos; pero lo restante del cuerpo no se movia del asiento. Como era voluntario en el ejército real... he seguido mi voluntad... y me he vuelto...

DOM. (Furioso.) ¡Desgraciado! ¡has desertado!

MARC. (Con disimulo.) ¡Oh! no. Soy demasiado astuto para eso... He aprovechado una ocasion...

DOM. ¿Y tendrás valor para dejar que tomen la Rochela sin estar tú allí?

MARC. ¡Vaya si tendré valor! Ademas, papá... no os molesteis por eso... la Rochela no se tomará en mucho tiempo...

DOM. ¿Cómo sabes tú eso?

MARC. Yo estaba con mas frecuencia en el cuartel que en la trinchera, y como tengo el oido muy fino he oido algunas conversaciones sin querer. Habeis de saber que allí hay un monton de jefes que mandan todos á la vez y que no estan muy de acuerdo... Monsieur de Guisa, Monsieur Bassompierre, Monsieur de Marillac... todos buenos amigos de la reina madre y enemigos encarnizados del Cardenal; y como el Cardenal quiere que se tome la Rochela... ellos, como es natural, no quieren tomarla... todo por hacerle rabiar no mas, y pasan el tiempo burlándose de él.

DOM. ¿Y por qué es eso? El Cardenal es un grande hombre...

MARC. (En confianza.) Y un insigne perillan: (Mas bajo.) papá, ya les ajustará las cuentas. Por de pronto, conociendo que le enredaban la madeja, ha dicho para sí: «Voy á devanarla por mí mismo.» Y una mañana, muy de madrugada, nos le vimos llegar al campamento con coraza y casco... y la espada en la mano.

DOM. (Riendo.) ¡Ah, ah! ¡el cardenal!

MARC. (Id.) Habiais de ver qué facha hacia... La verdad es que estaba algo grotesco... Al pronto causó risa; pero no duró mucho tiempo, porque tiene una mirada que hace ponerse sério á cualquiera. ¡Diablo de mirada!... Yo no he podido acostumbrarme á ella.

DOM. (Con impaciencia.) Pero á todo esto no me has dicho cómo has salido del campamento.

MARC. Ahora voy... papá... ahora voy... Esta mañana al despuntar el dia, monsieur de Bassompierre vino á nuestro cuartel y habló en voz baja á nuestro capitan, el Conde de Montgeron... un solapado... un hombre atroz, que me tenia siempre arrestado. Este me indicó con la mano al señor de Bassompierre, que se llegó á mí y me dijo: «Muchacho, ¿no eres tú de la feligresia de San Andrés?» «Si, capitan.» «Para ir desde el pueblo á la abadia de San Andrés ¿no hay mas que un camino?» «Uno solo, capitan, cuando no está cortado por alguna inundacion... como por ejemplo, si el dique de Gaillac estuviese roto.» «Pues bien, figúrate que el dique Gaillac se ha hundido esta noche... tres hombres de mi compañia tienen una comision para la abadia; ¿te atreverias tú á conducirlos á ella por alguna senda extraviada?» «Si, mi capitan.» Y una hora despues hemos emprendido la marcha los cuatro, esto es, yo y mis tres hombres, que iban enmascarados.

DOM. ¡Enmascarados!

MARC. (Bajo y con reserva.) Enmascarados, para que no se les viese la cara. Llegamos al sitio en que debiamos encontrar inundado el camino, y le encontramos tan enjuto como la palma de la mano: (Domingo se tranquiliza.) á la cuenta estaban equivocados... y entonces mis tres compañeros se detuvieron, como si aquello les pesase: yo me puse á mirar á las estrellas... asi; pero tenia el oido alerta: «La crecida no ha llegado aun aqui,» dijeron por lo bajo: «es necesario remontar hasta el dique;» y sin hablarme palabra me dejaron allí plantado; viendo lo cual dije yo para mí: «Me voy á ver á mi padre y á mi buena hermana de leche Serafina.»

DOM. (Reflexionando.) ¡Es cosa extraña!

MARC. Si que es extraño!...; pero antes de todo me vais á dar de almorzar.

DOM. Antes de todo vas á ir corriendo al castillo á saber si tu hermana Serafina ha vuelto de su paseo á caballo, porque estoy con una zozobra...

MARC. Otra caminata ahora?

DOM. Despues almorzaremos.

MARC. Vamos... voy á obedeceros... pero cuando vuelva ¡ay de la dispensa! voy á hacer una carniceria. (Vase por el primer bastidor de la derecha.)

DOM. ¡No haber vuelto todavia!... ¡Ah! y cómo voy á regañarla! Ella sabe que su padre ha de venir hoy, y si fuese verdad que el dique de Gaillac...

ESCENA III.

DOMINGO, MARCIAL, poco despues SERAFINA, en traje elegante de amazona.

MARC. (Volviendo.) Aqui está, aqui está...

DOM. (Con alegria.) ¡Serafina!

MARC. Me ha saludado desde lejos... y ha tomado por la calle de árboles para hacer saltar la cerca á su caballo.

DOM. ¡Eso es!... ¡Otra imprudencia! (Domingo corre, Serafina aparece en el foro.)

SER. (En traje de amazona, un latiguito y un libro en la mano.) ¡Bien sabia yo que la saltaria! Buenos dias, Marcial.

DOM. (Regañando.) ¡Saltar una cerca!!... ¡Famosa proeza!... ¡Cabeza loca!... Imprudente, que por una nada... por por un capricho... arriesga su vida sin acordarse de nosotros...

SER. (Dándole en la barba.) ¡Oh! no regañes mas, mi buen Domingo... te aseguro que no habia ningun peligro: además, ya sabes lo que tú siempre me has dicho: «Cuando se tiene razon, ni á bestia ni á gente hay que ceder.»

DOM. ¿Yo he dicho eso?

MARC. ¿Vos habeis dicho eso, papá?

SER. (Riéndose.) Si, tú lo has dicho.

DOM. Pues bien, he dicho una tonteria.

SER. Y lo que es ahora, está claro que yo tenia razon.

DOM. Y yo la culpa, ¿no es esto? Siempre ha de concluir asi. (Serafina vá á colocar su libro y el látigo sobre la mesa de piedra.)

MARC. Decidme, papá: ahora que hemos encontrado á Serafina creo que podriamos irnos á almorzar... porque este incidente ha duplicado mi apetito.

DOM. Y á mí me lo ha vuelto.

MARC. ¡Pues entonces, viva el rey!... voy á buscar las provisiones. (Entra en la casa.)

ESCENA IV.

DOMINGO, SERAFINA, despues MARCIAL.

SER. (Sentándose rendida en el banco, y enjugándose el sudor con el pañuelo.) ¡Ah! ¡no puedo mas!

DOM. ¡No lo decia yo! estais nadando en sudor... se necesita no tener una pizca de sentido comun... para ponerse en semejante estado. Y despues dirán: la hermosa señorita de la Faille... ¡ah! si, hermosa ni mas ni menos; andad, andad, que si continuais asi, no os lo llamarán mucho tiempo!

SER. Qué misionero estás hoy de mañana.

DOM. (Enfadado.) ¡Pero sepamos dónde has estado para fatigarte asi, niña traviesa!

SER. (Pensativa.) Me dejé llevar mas lejos de lo que creia... y ademas, este libro me ha tenido tan entretenida que se me ha pasado la hora... soñaba y pensaba.

DOM. (Acercándose con aire malicioso.) ¡Ah! ¿y en quién?

SER. (Mirándole y riéndose) ¡En tí!

DOM. (Con naturalidad.) ¡Hum! en alguno que está ausente mas bien.

SER. (Con malicia.) En mi padre, que llega hoy.

DOM. ¡Hola!... ¡no quieres comprenderme! (Ap.) ¡No lo confesará! ¡no lo confesará!...) ¿Y aquella banda que bordabas ayer, es tambien para tu padre ó para mí? (Durante esta escena, Marcial ha preparado el desayuno sentándose á la mesa, y puesto una servilleta al cuello.)

SER. (Riéndose.) No lo creo.

DOM. Á menos que no sea para Marcial.

MARC. (Con la servilleta al cuello.) ¿Una banda para mí? ¡Ah ¡Serafina! agradezco esa fina atencion...

DOM. (Viéndole á la mesa.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces tú ahí?

MARC. (Con la boca llena.) ¿Yo, papá?... estoy esperando.

DOM. Si, ya lo veo. (Bajo á Serafina.) Vamos á ver: ¿quieres que te diga yo á quién le sentará perfectamente esa banda? ¡eh! pues es á cierta persona que habita en la torre de Garán. (Serafina se estremece.)

SER. (Ap.) ¡Ah!

DOM. (Id.) ¡La pillé! (Váse á sentarse á la mesa, frotándose las manos.)

MARC. (Que ha oido las últimas palabras.) El caballero de Garán... ¡Ah! un valiente jóven... nada orgulloso... que vive con su madre una legua de aqui en su antiguo castillo... Yo le conozco mucho, ¿y vos le conoceis, papá?

DOM. Si, ha sido necesario para conocerle que á tu hermana le faltara poco para despeñarse...

MARC. ¡Oiga! contadme eso, papá.

DOM. (Triste.) Y la situacion era comprometida, bien puede decirlo.—Sucedió el caso al pié de un precipicio. Si se pierde un minuto mas, el maldito caballo que montaba Serafina se precipita con ella. Yo habia perdido la serenidad... no veia nada... tenia en el arzon de la silla una pistola cargada, y la buscaba sin encontrarla... estaba aturdido: por fortuna habia cerca de nosotros otra persona que tambien vió el peligro... lánzase con la velocidad del rayo, y cogiendo las riendas detiene el caballo, que á tan violento esfuerzo no pudo resistir y cayó arrastrando trás sí al jóven que no soltó su presa, y tu hermana se salvó.

MARC. ¡Ah! eso es ser valiente é intrépido.

DOM. Como su padre... mi antiguo capitan, que no temia ni lanza ni mosquete. Y por Dios vivo! como diria nuestro buen rey Enrique cuarto, que me llenó de alegria haber encontrado en el hijo las facciones del padre, su buen corazon, y sobre todo, su vigoroso brazo.

MARC. ¡Ah! hermana Serafina, debeis adorarle por lo menos: si yo encontrase alguno que me salvara la vida... le idolatraria... le...

DOM. ¡Ella! si es una ingrata...

SER. (Sentándose, y con una frialdad afectada.) Creo que el caballero de Garán aprecia en muy poco mi agradecimiento, pues jamás se ha presentado en el castillo.

DOM. (Levantándose y mientras Marcial quita el desayuno.) Porque es algo tímido... algo huron, y aun estoy por decir que algo salvaje. (Se viene á sentar en el banco cerca de ella.) Le han criado asi, pero se me antoja que en el dia se necesitaba poco para domesticarle.

SER. (Dejando caer la cabeza sobre el hombro de Domingo, y riéndose.) Pues bien, domestícale tú.

DOM. ¡Oh! yo no tengo que tomarme ese trabajo, pues conmigo está bien amable. Cuando le encuentro me saluda al punto: «adios, querido Domingo, mi buen Domingo.»

Porque como suele decirse, por la peana se adora el santo... Pero me parece que seria todavia mas amable si el del encuentro fuese otro... una mujer, por ejemplo. Si... estoy seguro que si tú quisieras... ¡Eh!... ¿qué piensas tú? Dímelo á mí, á tu viejo Domingo ¡eh! (Volviéndose con dificultad á causa de la postura de Serafina.) Perdóneme Dios, pero creo que se ha dormido sobre mi hombro. ¡Un nuevo medio para no contestarme! ¡Cuando yo digo que las mujeres! Mirándolas son buenas... cuando duermen... y sobre todo esta que tiene el rostro de ángel, y que sin embargo es un verdadero diablo.

SER. (Entreabriendo los ojos.) ¡Gracias! (Los vuelve á cerrar inmediatamente.)

ESCENA V.

DOMINGO, MARCIAL, SERAFINA, dormida sobre el hombro de Domingo.

MARC. (Saliendo de la casa y corriendo al foro.) ¡Padre! ¡padre!. .

DOM. (Con la mano que tiene libre.) ¡Chiton! ¿Quieres no gritar asi?

MARC. Si es para deciros...

DOM. Pero mas bajo, animal. ¿No ves que está dormida?

MARC (Gritando.) ¡Ah! no habia visto. Pues entonces es necesario despertarla...

DOM. ¡Avestruz!

MARC. (Señalando hácia dentro á la izquierda.) Pues tambien lo será monsieur de la Faille, á quien he visto desde la ventana venir á pié por el sendero que conduce aqui.

SER. (Levantándose rápidamente.) ¡Ah! mi padre.

DOM. ¡Calla!... pues no dormia...

MARC. Por lo visto, el dique de Gaillac se ha roto.

SER. (Yendo hácia el foro.) ¡Gran Dios! corramos... ¡Padre mio!

ESCENA VI.

DICHOS, MR. DE LA FAILLE, JORGE. Mr. de la Faille viene de fuera por la izquierda: le sigue á pocos pasos Jorge, que se detiene en el umbral de la verja y dá la escopeta á su criado, que se vuelve por el mismo sitio que vinieron.

FAIL. ¡Hija mia!... ¡mi Serafina!

SER. (Echándose en sus brazos.) ¡Qué dichosa soy!... ¡Ah! esta-

ba temblando...

FAIL. (Bajando al proscenio.) Por el dique de Gaillac, ¿no es eso? (Jorge se presenta en escena.) Pero este caballero, que cazaba por este lado, ha tenido la bondad de avisarme... Buenos dias, Domingo, buenos dias, amigos mios.

SER. (Presentando á Jorge.) Padre mio, el señor es el caballero de Garán, de quien os he hablado en mis cartas.

FAIL. ¡Qué oigo! ¿Sois vos el que salvasteis á mi hija?

SER. (Con calma.) Yo no he podido todavia manifestar mi reconocimiento á este caballero, porque es la primera vez que se presenta en el castillo.

DOM. (Con viveza.) Pero confiamos en que no será la última.

FAIL. (Con bondadosa dignidad.) Domingo tiene razon, caballero; es necesario que desde hoy mireis esta casa como vuestra. Deseo verme rodeado de todos mis amigos durante mi permanencia en este castillo, porque mi viaje tiene un objeto determinado... (Á Domingo.) Vengo á casar á mi Serafina.

JORGE. (Ap.) ¿Qué dice?

FAIL. (A Serafina.) Ó por lo menos á proponerla un partido, que me parece convenirla por todos conceptos.

SER. (Ap.) ¡Dios mio!

DOM. (Id.) Si es esa la buena noticia que nos trae... (Vá á reunirse con Marcial, que ha subido hácia el foro y permanece allí.)

JORGE. (Ap.) No debo vacilar por mas tiempo... (Alto y con calma aparente.) Antes de responder á la bondadosa hospitalidad que me ofreceis, espero que me concedais un momento de atencion en presencia de vuestra hija.

FAIL. Con mucho gusto: estamos á vuestras órdenes.

DOM. (Ap., restregándose las manos.) ¡Bueno, bueno! Vá á decidirse... (Á Marcial.) Acompáñame tú y ven á ayudarme á arreglar el castillo. (Váse con Marcial por el tercer bastidor de la derecha.)

ESCENA VII.

JORGE, MR. DE LA FAILLE, SERAFINA.

FAIL. Caballero, ya os escucho.

SER. (Ap.) ¿Qué irá á decirle?

JORGE. Tal vez cuando sepais mi pretension, os parezca que coloco mis aspiraciones demasiado altas, y por tanto me

permitireis me dé á conocer mejor. Caballero, soy de ilustre cuna, é hijo único de uno de los mas valientes soldados del rey Enrique.

FAIL. El nombre del caballero de Garán no es desconocido para mí: es un nombre glorioso, y me ha extrañado mucho no ver á su hijo en la córte.

JORGE. En la córte se olvida pronto á los muertos. Cuando murió el rey Enrique, su augusto señor, mi padre demostró muy á las claras su dolor. Asi fué que el dia que se presentó al nuevo soberano con su larga barba á lo Enrique IV, su pesada espada y su coleto de ante, las burlonas risas de los cortesanos no fueron sofocadas por la mirada del monarca Luis XIII, que recibió friamente al caballero de Garán. En el dia en que se presentó á besar la mano á su majestad, dejó caer uno de sus guantes de búfalo, que rozó el delicado zapato de seda del jóven rey. Inmediatamente uno de los cortesanos se precipitó á cogerle, diciendo á mi padre: «Por poco aplastais el pié de su majestad.» Y otro le preguntó con sorna: «¿No hay mas que búfalos en vuestras montañas?» Y toda la córte soltó la carcajada, á costa del viejo soldado. Mi padre entonces enderezándose dijo en alta voz: «Señor, cuando en otro tiempo venia yo á hablar al difunto rey vuestro padre, de gloriosa memoria, hacia salir á la antecámara á los bufones y farsantes: conozco que á mi vez debo cederles el puesto.» Y el caballero de Garán se retiró desde aquel dia á cuidar de un pequeño patrimonio que tenia en esta provincia. Resuelto á no aparecer en la córte, se consagró enteramente á su hijo, de quien ha hecho un hombre leal, honrado, fuerte, poco acostumbrado á los modales cortesanos, pero que sabe hacer uso de un mosquete y de una espada. Tengo veinticinco años y valor: puedo brillar y brillaré si me concedeis la mano de la señorita de la Faille.

FAIL. (Asombrado.) ¡La mano de mi hija!

SER. (Ap.) Mi corazon le habia adivinado.

FAIL. Caballero de Garán, me habeis hablado con franqueza y quiero responderos con la misma. Vuestro padre, al tratar de haceros un leal y digno caballero apartado de la córte, no previó que os cerraba todas las carreras, y que os arrebataba toda esperanza de fortuna y porvenir. Mi hija será algun dia inmensamente rica. (Movimiento de

Jorge.) ¡Oh! creo sin duda alguna que no sean sus bienes los que ambicionais... pero soy viejo, mi salud es delicada, y bien pronto Serafina necesitará un apoyo, un esposo que por su posicion pueda protegerla y defenderla, sobre todo en los tiempos que corren. El Conde de Montgeron me ha pedido su mano: le he convidado á pasar unos dias en este castillo, y le espero hoy mismo. Es capitan de una compañia de los guardias de la Reina madre, y vos, (Con embarazo.) vos no teneis mas que vuestra espada.

JORGE. (Con dolor.) ¡Es verdad!

SER. (Con viveza.) Una buena espada, y un noble corazon, se abren fácilmente paso al camino de la gloria.

JORGE. (Ap. y animado.) ¿Qué dice?

DOM. (Entrando.) Acaba de llegar al castillo un correo del Conde de Montgeron, y dice que estará aqui dentro de dos horas.

JORGE. (Ap.) ¡El Conde de Montgeron! (Se coloca á la izquierda de Serafina.)

SER. (Ap.) ¡Cielos!

FAIL. Está bien, Domingo. (A Jorge.) Caballero de Garán, os debo la vida de mi hija, y quisiera poderos manifestar mi agradecimiento.

JORGE. (Con exaltacion.) Pues bien, señor; otorgadme la gracia que voy á pediros: concededme un plazo... En la Rochela está la guerra... corro á ella. Habeis dicho que el Conde de Montgeron es capitan de guardias; pues bien, antes de tres meses, ó habré muerto ó seré capitan de guardias.

DOM. (Ap.) ¡Bravo! ¡bien dicho!

FAIL. ¡Pero es una empresa descabellada, imposible!

JORGE. Dejádmela intentar.

DOM. Ciertamente... no se le puede negar á este jóven.

FAIL. Pues bien, hija mia, decide tú misma...

DOM. (Ap.) ¡Ah! ¡vá á hablar! (Escucha con curiosidad.)

SER. Padre mio... mucho debemos al caballero de Garán, y seria una injusticia, una ingratitud, no aprovechar la primera ocasion que se nos presenta de satisfacer nuestra deuda.

DOM. (Ap. meneando la cabeza.) ¡Nada! ¡no confesará aunque se esté muriendo por él.

FAIL. Te comprendo. Marchad, pues, señor de Garán... ac-

cedo á lo que me pedis... descansad en mi palabra. Nuestros votos y nuestras oraciones os seguirán á todas partes.

JORGE. ¡Oh! ¡gracias, señor! ¡gracias, señorita, por vuestra noble confianza! Yo espero que me haré digno de ella. (Silencio. Mr. de la Faille alarga la mano á Jorge, que la estrecha con efusion; despues Jorge se adelanta hácia Serafina y trata de leer en sus ojos; pero esta, despues de un rato de silencio le hace una profunda reverencia y váse con su padre por el tercer bastidor de la derecha. Jorge sale hácia el foro y le sigue con la vista. Domingo atraviesa lentamente la escena durante la marcha.)

DOM. (Ap.) ¿Y vá á dejarle partir asi? Por vida mia!... si... se la lleva... el otro pobre se queda ahí plantado. ¡Voto al chápiro! en mi tiempo cuando uno se despedia de la que amaba... no se separaban asi; siempre habia para él una mirada... un apreton de manos... en fin, algo por el estilo... y luego aquello de «¿Me amarás?» «Siempre.» «¿Me serás fiel?» «Eternamente.» Y despues se abrazaban... todo lo cual le daba fuerza al uno... y paciencia á la otra... ¡Pero ahora todo ha cambiado! ¡todo ha cambiado!

JORGE. (Que durante este tiempo ha visto alejarse á Serafina.) ¡Ni una palabra! Y ese rival, ese Conde de Montgeron, que vá á llegar dentro de un instante. (Repara en el libro que está sobre la mesa.) ¡Ah! no me queda mas medio que este. (Toma el libro y escribe en la primera hoja rápidamente.) «Esta noche aqui.»

DOM. (Mirándole.) ¡Pobre jóven, me dá lástima! Adios... señor Jorge. ¿No teneis nada que decirme?

JORGE. (Con duda.) No, Domingo. Pero este libro pertenece á Serafina... sin duda le ha olvidado.

DOM. (Vivamente.) ¡Y deseais que se le entregue!

JORGE. Si, mi buen Domingo.

DOM. ¡Lo tendrá!... lo tendrá, señor Jorge! (Ap.) Ya entiendo... una cita... yo asistiré tambien... ¡Oh! estos padres viejos no entienden una palabra de amores. (Váse por la derecha con cólera grotesca)

JORGE. (Atraviesa la escena y viene á sentarse en una silla al lado de la mesa de madera, como anonadado de dolor.) ¡Dios mio! ¿me ama? ó no siente hácia mí mas que compasion y agradecimiento?

ESCENA VIII.

JORGE y un DESCONOCIDO.

En este momento sale por la izquierda un Desconocido, cubierto con una larga capa y con coraza, sobre la cual se distingue una cruz blanca; trae tambien espada: al ver á Jorge se detiene. Jorge, que ha oido pasos, sale de su distraccion, se levanta y vé al desconocido.

DESC. Perdonad, jóven; voy á la abadia de San Andrés, pero uno de los diques se ha roto y todos los caminos estan inundados, de modo que solo puedo llegar á ella por una senda que sé que existe, pero que no conozco. ¿Podriais mostrármela? Me hariais un singular favor.

JORGE. Nada mas fácil, caballero. La abadia está cerca de aqui, y ahí teneis la senda que os conducirá á ella. (Indicándole la derecha fuera de la verja.)

DESC. Gracias, jóven; Dios os guarde. (El Desconocido se aleja y Jorge le sigue por un momento con la vista y viene despues á sentarse cerca de la mesa de piedra.)

ESCENA IX.

MARCIAL y JORGE.

MARC. (Viene corriendo y muy pálido.) Ah, ¿sois vos, señor de Garán?

JORGE. ¿Qué tienes?

MARC. Tres hombres, á quienes serví esta mañana de guia desde el campamento de la Rochela...

JORGE. ¿Y bien?

MARC. Me he puesto á acecharlos, porque los he visto venir y he oido que se decian: «la inundacion le cierra el paso y no puede escapársenos».—«Nada de sangre; asi que esté muerto le arrojaremos al agua.»

JORGE. ¿Á quién?

MARC. Eso es lo que yo no sé... pero les he oido decir tambien: «sobre todo no vayamos á equivocarnos:» lleva una cruz blanca grabada en la coraza.

JORGE. ¿Una cruz?

MARC. Indudablemente se trata de alguna mala accion.

2

JORGE. ¡Dios mio! El hombre que me acaba de hablar hace un momento llevaba una cruz asi, (Yendo hácia el foro.) ha tomado ese camino. (En este instante se oye un grito hácia el sitio por donde se dirigió el embozado.)

DENTRO. Cobardes.

JORGE. ¡Ah! no hay duda, es á él; corramos en su auxilio: ven, ven Marcial.

MARC. Pero estais sin armas.

JORGE. Tengo á Dios y á mi valor. (Váse precipitadamente sin escuchar á Marcial.)

ESCENA X.

MARCIAL.

¡Yo preferiria tener una buena espada! ¡Le van á matar tambien! ¡Ah! ¡si no fuera por mis emociones cómo correria á defenderle! ¡Anda, pues, mandria! (Señalándose á las piernas.) ¡No hay medio... estan paralíticas, lo que se llama paralíticas! ¡Ay Dios mio! oigo el *chis chas* de las espadas, y la cosa menudea, pero ¡voto al chápiro! como diria mi padre... yo no puedo dejarle morir asi: (Dá algunos pasos hácia la verja.) ¡Ah! ya vuelve... y sosteniendo al otro. (Con admiracion) ¡Ah! ¡es todo un hombre! un valiente! ese si debia llamarse Marcial en lugar mio! Ahora que las piernas han tomado su elasticidad... corramos á buscar alguna cosa para confortar, á lo menos, al que no he podido defender... si es como yo... bien lo necesita. (Entra en la casa.)

ESCENA XI.

El DESCONOCIDO, sostenido por JORGE, poco despues MARCIAL.

JORGE. ¿Estais herido?

DESC. No, me derribaron solamente. (Sentándose y un poco conmovido.) Pero por Dios verdadero que llegasteis á tiempo, mi jóven amigo...

JORGE. Los miserables han huido sin que hayamos podido conocerlos... (Pone sobre la mesa de madera la espada que tiene en la mano y se vá hácia el foro.)

DESC. (Aparte.) Yo sí he conocido á uno, porque durante la refriega se le cayó la máscara.

MARC. (Sale con una copa en un plato.) Tomad, que es de lo bueno. Tomadlo, buen hombre, y asi dormireis bien luego. (Al decir estas palabras al Desconocido, dá un grito y lo deja caer todo.) ¡Ah!

DESC. ¡Calla! Tú no me conoces. (Agarrando por el brazo á Marcial.)

JORGE. (Acercándose.) ¿Qué tienes, Marcial?

MARC. (Consigo mismo.) Nada, nada. Otra emocion, y esta si que es buena! Voy á buscar otra copa... pero será para mí. (Entra en la casa.)

ESCENA XII.

JORGE, el DESCONOCIDO.

JORGE. (Presentándole la espada, que durante este tiempo ha tomado de la mesa.) Tomad vuestra espada, caballero.

DESC. Mejor os servis de ella que yo, jóven, y no quiero por tanto separarme de vos sin saber al menos el nombre del que tan bizarramente me ha salvado la vida.

JORGE. Jorge de Garán. ¿Parece caballero que teneis enemigos poderosos?

DESC. Si por cierto; todos los que lo son tambien del Cardenal ministro.

JORGE. ¡Del Cardenal! (Sorprendido.) ¿Seriais tal vez alguno de los oficiales de su guardia?

DESC. Precisamente.

JORGE. ¿Y gozais de su confianza?

DESC. (Levantándose.) No tiene secreto alguno para mí.

JORGE. (Alegre.) Pues bien, acabais de decirme que os he hecho un favor... ahora vos podeis hacerme otro que excederá en mucho al mio.

DESC. ¿Cuál? Hablad...

JORGE. Cuando os encontré estaba resuelto á ir á la Rochela. ¿Podeis presentarme al Cardenal!

DESC. ¡Al Cardenal! ¿Qué deseais?

JORGE. Pedirle que me proporcione una ocasion en que distinguirme ó morir si no puedo llegar á ser algo.

DESC. (Mirándole y examinándole con atencion.) ¿Morir?

JORGE. (Con exaltacion.) Necesito crearme una posicion... un porvenir... que se me abra un camino, y moriré ó llegaré á él.

DESC. ¿Y creeis que yo pueda seros útil?

JORGE. No sé qué instinto secreto me dice que vuestro encuentro ha sido providencial, y que vos sois el hombre que yo invocaba.

DESC. Y vos tal vez el que yo buscaba. (Con intencion.)

JORGE. ¿Qué quereis decir?

DESC. (Examinándole al hablarle.) Sois hombre de valor, porque hace un momento y sin armas os habeis arrojado á socorrerme... hombre de accion y de sangre fria... porque coger mi espada y serviros de ella contra mis enemigos ha sido para vos obra de un instante. (Con recelo.) Vos, caballero de Garán, no debeis ser muy afecto á los Médicis, porque si mis recuerdos no me engañan, ellos fueron los que obligaron á vuestro padre á retirarse de la córte.

JORGE. Es verdad; ¿pero como sabeis?...

DESC. Ademas, se puede fiar en vuestro honor?

JORGE. (Con nobleza.) La lealtad de los Garán es proverbial en la córte.

DESC. Pues bien, dadme vuestra palabra de caballero que lo que os voy á decir quedará secreto entre los dos.

JORGE. (Empieza á oscurecer.) Os la doy.

DESC. Escuchadme, pues. Richelieu, rodeado de enemigos, de los cuales el mas terrible es la reina madre, se ha propuesto un fin, que es el esplendor y la gloria de la Francia. Á pesar de Buckingam y de la escuadra inglesa, ha jurado tomar á la Rochela, ese último baluarte de los calvinistas; pero la Rochela será inexpugnable si los ingleses se apoderan de la isleta de Rhé. La isla de Rhé está cercada por navios ingleses; un solo fuerte se les resiste: el marqués de Toiras la defiende con decision y valentia, pero le faltan hombres y municiones de guerra; varias veces ha intentado ya Richelieu abastecerle, mas siempre inútilmente. Parece que la traicion vela al lado del Cardenal, y apenas concibe un proyecto queda desbaratado. Por lo tanto ha resuelto intentar el último esfuerzo, y para ello necesita un hombre enérgico... un hombre que desprecie la vida. El padre José le habia propuesto un jefe de aventureros, á quien yo iba á buscar á la abadia de San Andrés... ¿Quereis vos ser ese hombre? Entonces yo no pasaria de aqui...

JORGE. ¿Qué es necesario hacer?

DESC. Tomar esta misma noche el mando de una flotilla de barcos chatos, cargada de municiones de guerra y tripulada por hombres decididos; acercarse con sigilo á los buques ingleses, y romper el fuego para llamarlos la atencion; durante el desórden que es consiguiente, atravesar con audacia la línea enemiga, y bajo el fuego de sus cañones desembarcar vencedores en la isla de Rhé. Para el afortunado jefe de esta empresa está reservado el favor del monarca, para él... gloria... riqueza... honores...

JORGE. (Sonriendo, pero con calma.) Ó la muerte, ¿no es esto? Os he entendido. Yo seré ese hombre. (Es completamente de noche.)

DESC. ¿Quereis seguirme?

JORGE. Concededme hasta media noche.

DESC. Sea: pero ya ha anochecido y necesito me deis un guia que me conduzca hasta el inmediato pueblo, en donde debo reunirme con mi escolta.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, MARCIAL, que sale de la casa.

DESC. (Ap. viendo á Marcial.) Este me conoce y es conveniente que me le lleve. (Alto.) ¿Podria servirme este jóven?

JORGE. Perfectamente.

MARC. (Ap.) ¡Yo! y si nos acometen á los dos, ¿quién defenderá á quién?

DESC. (A Jorge.) Adios, jóven. Los valientes que os han de acompañar estarán á media noche en la costa; diez cañonazos os avisarán que estan reunidos, y que no esperan mas que á vos.

JORGE. Allí estaré, contad conmigo.

DESC. Asi lo espero. Que Dios que protege á la Francia os proteja esta noche. (El Desconocido hace seña á Marcial para que le guie, y los dos salen por la verja y vánse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

JORGE, poco despues SERAFINA, DOMINGO.

JORGE. (Mirando al Desconocido.) ¡Oh! cualquiera que seais, gracias por haber venido á cambiar mi destino. Gracias tambien á vos, Dios mio, que me habeis enviado á ese hombre! Y ahora que tengo que participarle esta dicha, ¿vendrá ella? ¡Dios mio, vendrá! Siento pasos.. ¡Oh! con cuánta violencia late mi corazon! (Serafina llega por la derecha.) ¿Sois vos, Serafina?

SER. (Con noble confianza.) Yo soy, Jorge.

DOM. (Ap. Aparece siguiendo á Serafina, ocultándose detrás del árbol grueso.) Y yo tambien.

JORGE. (Con entusiasmo.) ¿Habeis venido? ¡Oh! ¿luego me amais?

SER. Si... Jorge: he venido porque el Conde de Montgeron, acaba de llegar al castillo.

JORGE. ¡El Conde de Montgeron!

SER. Y he venido á deciros: marchad sin temor ; Jorge , os amo, y sobrevenga lo que quiera no amaré mas que á vos.

JORGE. (Loco de ventura.) ¡Ser amado de vos, Serafina! ¡de vos, tan bella! tan noble! ¡tan pura! ¡oh! ¡no podia creer en tanta dicha!

SER. ¡Jorge!

JORGE. Pero lo creo, lo creo ahora que vuestra boca me lo asegura, y ahora que Dios mismo me ha enviado medios para obteneros.

SER. ¿Qué decis?

JORGE. Que desde hace una hora mi posicion ha cambiado: que hace un momento uno de los parciales del Cardenal , á quien he tenido la fortuna de salvar la vida, me ha confiado una comision secreta é importante. Parto esta noche... á las doce.

SER. ¡Á las doce!

JORGE Diez cañonazos disparados desde la costa, serán la señal de mi partida. Si vuelvo obtendré gloria y honores, os obtendré á vos, Serafina... Y volveré, amada mia, volveré.

SER. ¡Oh!... ¡Si, volved! ¡volved... Jorge... porque si murierais... moriria yo tambien!

JORGE. (Tranquilamente.) Morir!... ¡Oh no es posible siendo amado por tí... Mira, toma este anillo que el rey Enrique regaló á mi padre; este anillo, único presente (Con tristeza.) de desposado que puede ofrecerte el pobre Jorge! Serafina... que no se separe de tí... y si olvidases nuestro amor...

SER. ¡Jorge! no se separará de mí jamás.

JORGE. (Con entusiasmo.) Ahora, Conde de Montgeron, ya no te temo, porque Serafina me ama... Serafina es mi prometida, ahora es ya mia y somos esposos ante el cielo. (Estrecha á Serafina entre sus brazos, y la besa en la frente.)

SER. (Estremecida.) ¡Jorge! ¡Jorge! Si estuviese muerta, tu beso me volveria á la vida!

JORGE. ¡Serafina... mi bien!... (Óyese á este tiempo un cañonazo á lo lejos, que se repite hasta terminar el acto.)

DOM. (Interponiéndose entre los dos.) ¡Imprudentes!

JORGE. (Sobrecogido.) ¡Domingo!

DOM. No escuchais esa señal que os llama. (Escuchan.) Venid, venid pronto.

SER. ¡Jorge! ¡Jorge mio!

JORGE. (Desde el foro.) ¡Serafina!... corro á merecerte... cuida de mi madre. (Domingo arrastra á Jorge hasta fuera de la verja por la derecha.)

SER. ¡Jorge, yo seré su hija! (Vánse Jorge y Domingo, que se le lleva tirando de él. Serafina cae de rodillas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Una sala de la torre de Garán. Puerta al foro y en los ángulos. Á la derecha una gran chimenea, y á la izquierda, enfrente de aquella, el retrato de Jorge. En el mismo lado, y en el proscenio, una papelera pequeña. Delante de la chimenea, á la derecha, una mesita, y entre esta y aquella un gran sillon.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA, poco despues MARCIAL.

MAR. (Saliendo por la puerta del ángulo de la izquierda y hablando desde dentro.) Está bien, señora: al momento que llegue Gerónimo os avisaré. (Se abre la puerta del foro y aparece Marcial. Volviéndose Maria.) ¡Ah! un soldado.

MARC. Por el traje únicamente, señora Mariana.

MAR. ¡Marcial! ¡El hijo del señor Domingo!

MARC. El mismo. Pronto, un poco de fuego, dama Mariana, porque la noche está muy fria y creo que tengo helada la nariz.

MAR. ¡El bueno de Marcialillo! ¡Cuánto se alegrará de veros la señora condesa!... Venid, sentaos aqui, delante de la chimenea.

MARC. (Cogiendo un taburete y colocándole en la chimenea.) Dentro de ella... me parece mejor.

MAR. (Poniendo leña.) ¡Cuánto ha cambiado!

MARC. Mejorando, ¿no es verdad?

MAR. (Arreglando el fuego.) Aqui hay leña seca. Nos habian dicho que estabais colocado al servicio de un gran personaje.

MARC. En parte es verdad... pero yo no sirvo á nadie... ¡Ah! ya empiezo á sentir la nariz... Os diré lo que ha pasado. Hace cinco años que mi buena estrella me hizo tropezar con un personaje que se habia perdido en el camino, y le serví de guia. Al principio iba yo un poco intimidado; pero bien pronto me hizo tomar confianza: la caminata que llevabamos era larga, le gustó mi conversacion y me propuso colocarme en su casa. Yo le pregunté qué era lo que tenia que hacer, y me dijo que lo que quisiera... «Entrarás... saldrás... y por la noche hablaremos.»

MAR. Las condiciones no podian ser mas agradables.

MARC. Acepté inmediatamente. Al principio me llevó á Paris, y despues le he seguido por todas partes... ¡Oh! ¡cuántos paises he visto!... Y como por naturaleza soy bastante curioso, me paseo... escucho, miro, voy... vengo... Al instante que llega mi noble señor me hace llamar... ¡Habiais de ver cómo se interesa por mí... cómo se informa de mis mas pequeñas acciones!... «¿Dónde has estado?... ¿qué has visto?... ¿qué has oido?...» Y en seguida nos ponemos á charlar... es decir, el que charla soy yo, charlo por los codos; lo cual le divierte á él mucho, le agrada. Está visto que se muere por mi conversacion.

MAR. ¿Y ahora os ha dado licencia?

MARC. Por pocos minutos nada mas. Á no ser por un suceso imprevisto no me hubierais visto tampoco este año. Mi dueño y señor, á su salida de la Rochela, por donde no ha hecho mas que pasar, habia dispuesto no detenerse hasta Blois; pero no habia contado con el eje de su carruaje, que se ha roto precisamente á la vista de esta torre de Garán. Mientras componen el coche, yo me he venido aqui, porque no me alcanzaba el tiempo para alargarme hasta el castillo de la Faille... (Levantándose.) Ahora que ya he entrado en calor, dadme noticias de

mi padre, de mi hermana Serafina... Saludaré á la señora condesa... os abrazaré por despedida, y andando otra vez... ¿Qué es eso, dama Mariana? Veo que haceis lo que mi señor: me escuchais; pero no me decis nada. Ademas, advierto en vos cierta tristeza: ¿qué teneis? ¿qué ha pasado aqui?

MAR. Harto pronto lo sabreis.

MARC. ¿Ha sucedido alguna desgracia á mi padre?

MAR. ¡No, gracias á Dios!

MARC. ¿Á mi hermana Serafina?

MAR. Si.

MARC. Ya lo adivino. Piensa siempre en el caballero Jorge de Garán, á quien los ingleses han cogido y muerto sin duda, porque desde hace cinco años no se ha oido hablar de él. ¡Pobre hermana mia! No es su esposo por cierto el que se habrá tomado el trabajo de consolarla. ¡Ah! si ella me hubiese consultado, no habria hecho ese casamiento: yo la hubiese dicho: «No os caseis con el Conde de Montgeron, mi antiguo capitan: desconfiad de él, porque siempre me ponia arrestado... es un hombre cruel, que os matará á pesadumbres.

MAR. Pobre Marcial... no sabeis qué cerca andabais de la verdad.

MARC. ¡Qué!... ¡mi hermana Serafina!...

MAR. Una enfermedad repentina, desconocida, se ha apoderado de ella hace cuatro dias, y ayer estaba tan débil que no reconoció á mi señora. Gerónimo, el guarda viejo, ha ido esta misma noche á Poitiers en busca de un célebre médico que llaman Guenault.

MARC. ¡Mi hermana Serafina en peligro de muerte!... Yo quiero verla... voy corriendo á la Faille... ¿y mi padre?... ¡mi pobre padre!... ¡y monseñor que me espera!... ¿Cómo hacerlo, Dios mio?

MAR. ¡Y nadie ha vuelto todavia! ¡Ah! ese médico llegará demasiado tarde!

MARC. No digais eso, por Dios, dama Mariana... Esperad... esperad... oigo subir la escalera... Estoy seguro que es el doctor...

MAR. ¡El cielo os oiga! (Yendo hácia el foro. La puerta del foro se abre.)

ESCENA II.

DICHOS, MONTGERON.

MAR. (Viendo á Montgeron.) ¡El señor Conde!

MARC. (Id.) ¡Mi capitan!

MONT. (A Mariana, con severidad y sin reparar en Marcial.) ¿Qué teneis, Mariana? ¿No me conoceis?

MAR. Si, si, señor Conde.

MONT. Anunciad mi llegada á madame de Garán.

MAR. ¡Oh! al momento, porque traereis buenas noticias, pues venis vos mismo.

MONT. (Con dureza.) ¡Pasad recado, os digo!

MARC. (¡Siempre lo mismo! ¡Alimaña semejante!)

MAR. (Mirando á Montgeron.) ¡Ah! demasiado pronto me he alegrado.)

MARC. (Acercándose á Mariana y en voz baja.) Hasta la vista, dama Mariana: volveré... volveré. (Sale por el foro. Mariana entra en el cuarto de Madame de Garán, que es á la izquierda. Durante este juego Montgeron ha ido á colocar su sombrero en la mesita pequeña próxima á la chimenea, á la derecha.)

ESCENA III.

MONTGERON, solo y con aire sombrio.

¡Todo se acabó! ¡por fin soy libre! Libre para aceptar la nueva y brillante fortuna que se me presenta, despues que mis locas prodigalidades han disipado la primera!... Algunas horas más de disimulo y esta noche abandonaré el castillo de la Faille para no volver á él jamás. Recorreré la provincia, hablaré á los jefes calvinistas y podré encontrarme en Poitiers el dia que me ha señalado la reina madre. ¡Pero madame de Garán tarda en venir! Por mas penoso que me sea, la prudencia me aconsejaba esta visita. Existe entre Serafina y madame de Garán un secreto que deseo conocer. Mi esposa la escribió antes de morir, y quiero saber lo que contiene esa carta, para que alguna revelacion importante no comprometa mi seguridad y destruya mis proyectos... Aqui viene.

ESCENA IV.

MADAME DE GARÁN, MONTGERON.

GAR. (Saliendo de su habitacion.) ¡Ah, señor Conde! ¿y Serafina?

MONT. (Con dolor afectado.) Dios la ha llamado á sí, señora.

GAR. ¡Ah!... (Cae anonadada sobre un sillon, colocado al lado de la papelera.)

MONT. La condesa de Montgeron ha exhalado esta noche el último suspiro, y aqui me teneis, señora, entre un féretro y una cuna.

GAR. (Llorando.) ¡Muerta! ¡tan jóven! ¡tan bella!

MONT. Por muy sensible que me sea participaros la horrible pérdida que hemos sufrido, no he querido dar este penoso encargo á otra persona. Sabia cuánto amabais á Serafina y hasta qué punto ella os correspondia... vos la recordabais un pasado que echaba de menos... (Con intencion.) vos, en fin, sois la depositaria de su postrera voluntad.

GAR. ¿Qué quereis decir, señor Conde?

MONT. Durante su breve y dolorosa enfermedad la condesa guardaba dabajo de la cabecera de su lecho un pliego lacrado y sellado, al cual debia dar grande importancia supuesto que le conservaba con tanto afan. Cuando la muerte me arrebató á mi esposa, fuí á buscarle y habia desaparecido. Á nadie puede haber sido confiado mas que á vos, señora.

GAR. Es verdad, caballero... pero vos no exigireis...

MONT. Permitidme que insista... pues á pesar del respeto que debo á la memoria de mi esposa, los intereses y el porvenir de nuestra hija reclaman imperiosamente que yo tenga conocimiento del contenido de ese escrito.

GAR. ¡Ah! Conde: ese escrito está destinado á permanecer intacto en mi poder, porque vá dirigido á una persona que lloro hace cinco años y cuya vuelta no me atrevo á esperar.

MONT. ¿Al caballero Jorge de Garán? (Con intencion.) Ahora comprendo vuestro reparo, señora, porque la reputacion de la condesa podria sufrir algun menoscabo si llegase á romperse el sello de ese pliego. (Mme. de Garán, abriendo rápidamente un cajon de la papelera y buscando con agitacion en-

tre otros muchos papeles, saca una carta y se la entrega, diciéndole con dignidad.)

GAR. Rompedle vos mismo, señor Conde. Podeis hacerlo, porque para mí no es un secreto el contenido de esa carta... Serafina fué en otro tiempo la prometida de mi hijo... le amaba... vos lo sabeis... porque ella misma os lo dijo antes de seguiros al altar. (Le encuentra, y levantándose se le entrega á Montgeron.) Y ese escrito no contiene mas que una tierna despedida... el sentimiento de morir lejos de él... la expresion quizá de un amor... que se ha visto obligada á sofocar en lo íntimo de su corazon.

MONT. (Dichoso hallazgo.)

GAR. Leedle, caballero: ahora soy yo quien os lo ruega. (Le presenta de nuevo el papel, que está en un sobre sellado en negro.)

MONT. No, señora, no; y ya siento haber insistido tanto. Pero lo que acabais de decirme me confirma ¡por desgracia! en lo que ya habia sospechado: que ese malogrado amor ha sido la única causa de la muerte de la condesa de Montgeron. Guardad esa carta, señora, guardadla...

ESCENA V.

DICHOS, MARIANA, por la puerta del foro.)

MAR. Perdonad, señora... un viajero, cuyo carruaje se ha roto cerca de aqui, os pide hospitalidad.

GAR. ¡Aqui... y en este momento!...

MAR. Dice que bastará una hora para la recomposicion del carruaje... ademas, quien conduce al viajero es el hijo del señor Domingo.

GAR. ¡Marcial!

MAR. ¿Qué disponéis, señora?

GAR. Por pobre y desconsolada que me encuentre, no rehusaré jamás un asilo en la torre de Garán. Conducid aqui á ese viajero. (Váse Mariana.)

MONT. Señora, permitidme que me retire... tristes deberes me llaman al castillo de la Faille.

GAR. (Indicándole la puerta del ángulo derecho.) Por esa escalera encontrareis mas pronta salida. Id con Dios, señor Conde: aqui como en la Faille pediremos á Dios por la infeliz que ahora estará en el cielo. (Váse Montgeron. Mariana

sale.) Mariana, dáme mi libro de oraciones, no me acostaré; quiero rezar toda la noche. (Váse Mariana por la puerta del ángulo izquierda.)

ESCENA VI.

MADAME DE GARÁN, el DESCONOCIDO, MARCIAL, dos criados del Desconocido. El Desconocido sale precedido de dos criados, que traen el uno una capa con pieles y el otro una gran cartera.

MARC. (Que sale el tercero: alto.) Entrad, monseñor. Como os habia dicho, la señora de esta morada... (El Desconocido le hace señal de que calle.)

GAR. Ofrecerá á su huésped todo lo que una pobre viuda puede ofrecer.

DESC. (Saludando.) Un poco de fuego y un abrigo por menos de una hora, segun creo, es todo lo que necesito... y que espero merecer de vuestra bondad. (Marcial señala al Desconocido el gran sillon que está cerca de la chimenea. Mme. Garán se coloca al otro extremo del teatro, cerca de la papelera. Mariana la trae su libro de oraciones. El Desconocido se sienta y continúa diciendo.) ¡Maldecida comarca! dos veces la he tenido que atravesar únicamente, y las dos me he visto precisado á detenerme... Marcial, anda á dar prisa á esos hombres, y ven á avisarme al momento que podamos ponernos en camino... ¡Ah! ¡mi cartera!

MARC. (Tomándola de las manos del criado.) Aqui está, monseñor. (A Mariana en voz baja.) Ahora tengo tiempo para ir á la Faille.

MAR. (¡Pobre mozo!... ¡no sabe todavia!...) (Bajo á Marcial.) Marcial, venid; es preciso que os hable. (Vánse por el foro los dos criados, y poco despues Mariana y Marcial.)

ESCENA VII.

MADAME DE GARÁN, el DESCONOCIDO.

DESC. (Que ha abierto la cartera.) Me permitireis, señora... porque son urgentes... (Rompe los sobres de varios pliegos y los recorre con la vista: leyendo.) «Monseñor: Monsieur de »Montmorency Bouteville, que ha despreciado vuestro »edicto contra los desafios, batiéndose en medio de la

»Plaza Real, está en la Bastilla... se instruye el proce»so; pero como pertenece á una poderosa familia cree »todo el mundo que se salvará.» (*Hablando.*) Es preciso un ejemplar, y por muy alta que esté colocada su cabeza... caerá. (*Abre otro pliego y lee.*) «Durante el viaje que »habeis creido conveniente hacer por las provincias cal»vinistas sometidas recientemente, vuestros enemigos »no pierden el tiempo en Paris... Os advierto que el »Conde de Montgeron, que se detendrá muy pocos dias »en su castillo de la Faille, debe estar encargado por la »reina madre de alguna comision importante. Haced vi»gilar á ese caballero, que como sabeis es vuestro mas »mortal enemigo.» (*Muy marcado y sonriéndose.*) ¿Á quién debo la hospitalidad, señora? (*Volviéndose á Mme. de Garán: esta, que habia tratado de leer, ha dejado el libro sobre sus rodillas y llora.*)

GAR. (*Conteniendo sus sollozos.*) Hospitalidad que podria habérseos ofrecido grande y digna viviendo el dueño, el caballero de Garán, mi esposo.

DESC. (*Con viveza.*) ¡De Garán! (*Viendo el retrato de Jorge de cuerpo entero, en el traje del primer acto.*) ¡Ese retrato!... Si... es el del jóven que encontré hace cinco años.

GAR. Ese jóven era mi hijo... que me abandonó por servir al rey en el sitio de la Rochela.

DESC. Eso es... se le habia confiado una peligrosa comision... que desempeñó con admirable valor... Por él se arrebató á los ingleses la isla de Rhé, y este golpe atrevido decidió la toma de la Rochela.

GAR. Mas á la vuelta, el buque que aquel mandaba fué apresado... y mi Jorge cayó en poder de nuestros enemigos, y despues de cinco años que no tengo noticias suyas le lloro... ¡y no espero volverle á ver!

DESC. (*Se levanta rápidamente hojeando un libro de memorias.*) Si vuestro hijo hubiera sucumbido, señora, hubiese muerto gloriosamente. (*Despues de haber leido.*) Pero cobrad ánimo... y yo bendigo ahora el azar que me ha conducido aqui... vuestro hijo existe!

GAR. (*Levantándose.*) ¡Existe!

DESC. Encuentro aqui, entre mis apuntes, que muchos oficiales distinguidos, entre los cuales se hallaba el caballero de Garán, fueron hechos prisioneros por los ingleses y deportados á sus posesiones de Indias; y que hace cer-

ca de un año que un buque del Estado partió con órden de negociar un cange, y á la hora que os hablo, tal vez ese buque arriba á Francia conduciendo á monsieur de Garán!

GAR. ¡Mi hijo! ¡mi Jorge! ¡se habrá salvado! ¡Oh! ¡gracias, Dios mio, gracias! (Mirando al Desconocido.) ¿Pero quién sois vos, señor... ¿quién sois vos, que venis como Dios á devolver la esperanza y la dicha á una pobre madre?

DESC. Vuestro huésped, señora... que está agradecido á vuestro hijo. (Se vuelve á sentar á la mesa y escribe con un lapiz. Se oyen á lo lejos unas campanas que tocan á muerto. Movimiento de madama Garán. El Desconocido sigue escribiendo.) ¿Habeis perdido algun pariente, señora?

GAR. ¡Ay de mí! ¡caballero! en este momento colocan en el sepulcro á la mas noble y mas bella de las mujeres... á la condesa de Montgeron....

DESC. (Dejando de escribir y volviéndose con rapidez.) ¡Cómo!... el Conde de Montgeron estaba casado? (No hace caso del papel en que escribia, que queda sobre la mesa.)

GAR. Hace cerca de cuatro años.

DESC. (Consigo mismo.) Pero me parece que á mi salida de Paris se hablaba mucho de su casamiento con la señorita de Epernay, dama de honor y favorita de la reina madre. (Alto.) El Conde de Montgeron podia prever la próxima muerte de su esposa? (Cesa el ruido de las campanas.)

GAR. No, señor, porque la salud de la condesa, aunque delicada hace algun tiempo, no nos daba sin embargo ningun cuidado; y su repentina muerte, á la vez que ha sorprendido, ha sumido en el mas amargo desconsuelo á cuantos la conocian.

DESC. (Sentándose y escribiendo en un libro de memorias.) (Es cosa bien extraña! De Montgeron... muerte repentina de su mujer, cuya existencia se ignoraba .. Él está arruinado... es ambicioso... (Con rencor muy marcado.) ¡Y mi asesino... de la abadia de San Andrés!)

ESCENA VIII.

DICHOS, MARCIAL, los dos criados.

MARC. (Llorando.) Monseñor, cuando gusteis ponernos en camino...

DESC. (Levantándose.) Está bien... ¿pero qué tienes?

MARC. Monseñor, la condesa de Montgeron, que acaba de morir, era mi hermana de leche. Permitidme que vaya á abrazar y á consolar á mi pobre padre!

DESC. (Con intencion.) ¡Ah! tú eras hermano de la condesa! (Despues de un momento de silencio.) Bien... Vé, amigo mio... vé á consolar á tu padre... te doy permiso hasta mañana... nos reuniremos en la primer parada y hablaremos! ¡Adios, señora... tened esperanza! (Toma la cartera y váse seguido de Marcial y de los criados.)

ESCENA IX.

MADAMA DE GARÁN, sola.

¿Quién será este misterioso viajero? ¿qué ha dejado sobre esta mesa? (Toma un papel y lee.) Algunas líneas escritas con lápiz... «Caballero de Garán. Dios que protege la Francia, protegerá á uno de sus mas dignos hijos: á vuestra llegada acordaos de vuestro amigo de la abadia de San Andrés.» (Hablando.) ¿La abadia de San Andrés?... Jorge no me ha hablado nunca de este protector desconocido!... ¡Oh! no importa... él no habrá querido engañar á una pobre madre... ¡Volveré á ver á mi querido Jorge... á mi querido hijo! ¡Oh! ¡si esta nueva esperanza llegase á verse desvanecida, lo conozco, me moriria de pesar!

ESCENA X.

MADAME DE GARÁN, MARIANA, despues JORGE.

MAR. (Sale corriendo por el foro, pudiendo apenas hablar.) ¡Señora! ¡querida señora!

GAR. ¿Qué tienes?

MAR. Tened valor... serenidad... Dicen que una grande alegria mata como una gran pesadumbre.

GAR. (Sorprendida.) ¡Una grande alegria! ¡Mariana! (Despues, herida de un pensamiento y mirando á Mariana.)

MAR. ¡Mi buena ama!

GAR ¿Jorge... mi hijo?

MAR. ¡Vive!...

GAR. ¿Le has visto?

MAR. (Subiendo.) ¡Miradle!

GAR. (Siguiéndola.) ¡Mi Jorge!...

JORGE. (Desembarazándose de su capa y sombrero, que echa á la derecha y que Mariana recoge.) ¡Madre mia!

GAR. (Abrazándole muchas veces y mirándole.) ¡Es él... si... él es! (La emocion la hace perder las fuerzas y cae en el sillon que está á su izquierda: Jorge se pone de rodillas delante de ella.)

JORGE. ¡Madre mia!... ¡mi buena madre!

GAR. ¡Dios mio, tú me le devuelves! Dios mio!... yo te doy gracias!... ¡Oh! ya lo ves, Mariana, la alegria no mata.

JORGE. ¡Madre mia... os vuelvo á ver! ¡Ah! ¡cuán dichoso soy!

GAR. Deja que te mire otra vez... que te abrace, ¡yo que tanto te he llorado... Jorge mio!

JORGE. ¡Ah! bien presentia yo vuestras angustias... pero me era imposible enviaros noticias mias. Prisionero de los ingleses y deportado á la parte mas recóndita de sus posesiones, desesperaba del porvenir... cuando hace pocos meses se me dijo: «Estais libre... un navio que vuelve á Francia no espera mas que á vos para hacerse á la vela.» ¡Yo libre!... ¡Con qué demostraciones, con qué alegria abracé nuestro pebellon!... ¡Pobre desterrado, que hallaba en él... todo lo que amaba: mi patria, mi madre y mi Serafina! (A estas palabras Mariana vuelve la cabeza para ocultar sus lágrimas y Madame de Garán se estremece: un momento despues hace señas á Mariana para que se marche.)

MAR. (Marchándose por la puerta izquierda.) ¡Pobre jóven! ¡la amaba todavia!

ESCENA XI.

MADAME DE GARÁN, JORGE.

JORGE. (Que no ha quitado la vista de su madre.) ¿De qué proviene, madre mia, que vuestra alegria tan viva de hace un instante... háse cambiado de repente en una turbacion... en una tristeza que en vano tratais de ocultarme?

GAR. (Sonriéndose.) No... te equivocas... te engañas, hijo querido. Hablemos de tí... de tus sufrimientos...

JORGE. Los he olvidado ya, madre mia.

GAR. (Levantándose.) Pues hablemos de tu porvenir... porque

es necesario pensar en él... Jorge mio... tu puesto ahora no está en una provincia, sino en Paris, adonde es preciso ir...

JORGE. Si... madre mia... á Paris, á la córte, porque ahora tengo ya un título... tengo un grado... y quiero dar al nombre de Garán el esplendor que habia perdido... quiero que sea digno de ella... porque lo que he hecho, madre de mi vida, ha sido por ella... (Madame de Garán oculta su rostro entre sus manos.) ¡Oh! ¡perdonadme... no seais celosa... vuestra imágen está tambien en mi corazon!... ¡Pero ella... mirad, es mi porvenir... es mi amor... es mi vida!

GAR. ¡Oh! cállate! ¡Jorge... cállate!

JORGE. ¿Por qué llorais?... ¿por qué me ocultais vuestras lágrimas? (Quiere abrazar á su madre, que le rechaza suavemente. Tomándola la mano.) Madre... vuestra mano está fria. (Se la quiere besar y se detiene de repente.) ¡Gran Dios! esta sortija... ¿cómo teneis esta sortija, madre mia?

GAR. (Con voz débil.) ¡De Serafina!... (Madame de Garán la quiere retirar, pero Jorge se la retiene.)

JORGE. (Con fuerza.) ¡Serafina! (Con voz temblorosa.) Me habia jurado no quitársela jamás.

GAR. La señorita de la Faille no me devolvió este anillo hasta la víspera de su casamiento.

JORGE. ¡Casada!... ¡ella!! ¡Serafina! ¡Oh, perjura y sacrílega!!

GAR. Jorge, no maldigas á ese ángel.

JORGE. ¡Casada! (Cae sobre el sillon próximo á la papelera.)

GAR. El plazo que monsieur de la Faille le concedió hacia mucho tiempo que habia terminado... tu vuelta ¡ay de mí! parecia imposible, y monsieur de la Faille, conociendo que se acercaba su fin, llamó á su lecho de muerte á Serafina y la obligó á casarse con el Conde de Montgeron, cuya brillante posicion le parecia una garantia de futura felicidad para su hija. El dia siguiente al en que la señorita de la Faille me entregó este anillo, marchó al altar como en otro tiempo las santas vírgenes marchaban al martirio... Aunque tiempo despues un deber sagrado vino á hacerla mas grata la existencia. parecia que ella solo vivia en lo pasado. El Conde de Montgeron residia siempre en Paris: Serafina pasaba aqui sus tristes dias, sentada en el sitio en que estás... miraba conmigo ese retrato... ¡y conmigo lloraba!

JORGE. (Para sí.) ¡Infiel!

GAR. Y ahora, Jorge... hijo mio... reune todas tus fuerzas... y llama en tu auxilio todo tu valor, una gran resignacion...

JORGE. ¡Ingrata!... ¿qué otra desgracia puedo ya esperar?

GAR. (Con gran precaucion al ponerle en su mano la carta.) Toma... lee...

JORGE. Esta carta! (Mirando á su madre y tomando la carta con lentitud.)

GAR. ¡Es de ella!... (Le dá la carta: Jorge la mira algunos instantes, repara en el sello negro, atraviesa el teatro en silencio, rompe el sello y lee deteniéndose á cada frase.)

JORGE. (Mirando á su madre, que llora.) ¡De Serafina! (Leyendo.) »Jorge, perdóname... Mi padre moribundo me suplica»ba... obedecí... y contraje un enlace que me separó »de tí! .. Yo no tenia derecho para ello, bien lo sé, por»que te pertenecia... perdóname, porque me muero!... »Me muero con tu cariño... que he guardado encerra»do en mi corazon como un tesoro!... Dios es bueno y »te volverá á tu madre... á tu patria... Pero cuando »preguntes por tu Serafina te conducirán delante de un »sepulcro... Entonces, Jorge mio, ruega por la pobre »loca que en su delirio te dijo un dia: Si estuviese »muerta, tu beso me volveria á la vida. ¡Triste de mí! »me muero, y lejos de tí... me muero... y tus labios »no pueden reanimarme...» (Despues de haber leido permanece un momento inmóvil y despues dice.) ¡Oh!... ¿estaré yo loco?... Madre mia, ¿qué quiere decir esta carta?... No la entiendo... Serafina me ha sido infiel... pero Serafina vive...

GAR. ¡Jorge... valor!... ¡piensa en Dios! ¡piensa en tu madre!

JORGE. ¿Serafina vive?... (En este momento se oyen de nuevo las campanas que tocan á muerto.) Responded.

GAR. ¡Escucha!... ¡Te está esperando en el cielo!

JORGE. ¡Esas campanas!... ¡Muerta! ¡muerta! ¡hoy mismo... ¡Dios mio!... (Cae anonadado en el sillon que está cerca de la mesa.)

GAR. ¡Jorge!... ¡hijo mio... recuerda sus últimas palabras... te dice que ruegues por ella!... (Jorge, dominado por una grande agitacion que contiene, pasa por delante de su madre y vá á coger la capa y sombrero que dejó á Mariama al salir, y que esta puso en el sillon al lado de la puerta del foro.)

GAR. (Que ha seguido con ansiedad los movimientos de su hijo. ¿Adónde vas?

JORGE. (Como obedeciendo á una inspiracion celeste.) Á la Faille, madre miá... ¿No ois que Serafina me llama?

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa el parque del castillo. A la izquierda, en el tercer bastidor, una capilla que dá frente al público, cuyas puertas estan abiertas, ocupa hasta la mitad del teatro. Todo el interior del teatro está iluminado, y se vé la entrada de la bóveda ó panteon y levantada la losa que le cierra. A la derecha, en cuarto término, un pequeño y bonito puente de madera atraviesa un riachuelo, en cuyas aguas refleja la luna que ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARCIAL, el ALBAÑIL, despues DOMINGO. Se vé un grupo de aldeanos de rodillas en la capilla: otros fuera: Marcial y el Albañil, con el sombrero quitado, son de este número.

MARC. ¡Mi pobre hermana Serafina!... ¡no la veré mas!... ¡ella tan jóven, tan buena!... ¡Ah! jamás podré entrar ahí dentro... aqui fuera esperaré que concluya la fúnebre ceremonia y que mi padre salga de la capilla.

ALB. Pues no esperareis mucho tiempo... Sin duda el señor Domingo os ha visto, porque ya viene hácia aqui.

DOM. (Saliendo de la capilla y abrazando á Marcial.) ¡Marcial! ¡mi pobre Marcial! (Con sollozos.) Ya no tengo á quien amar mas que á tí. (Llora.)

MARC. Vaya, valor, papá... Yo no creia tener nunca que deciros eso.

DOM. ¡Valor! ¡Oh! sí le tendré. Dios me le dará, porque mi tarea no ha concluido. Domingo necesita vivir todavia.

Dime: ¿no has encontrado en el camino á Gerónimo el guarda, que ha ido á Poitiers á buscar un médico?

MARC. No, papá... ¿Pero qué necesidad hay ahora de médico? ¿Por ventura monsieur de Montgeron se halla tambien enfermo?

DOM. No me hables de ese hombre, de ese miserable, que ha visto morir á Serafina sin derramar una lágrima... Cuando todos estabamos desesperados por la violancia de la enfermedad, él era el único tranquilo... casi se negaba á que llamasen á un médico. (Con intencion.) Tal vez tuviese sus razones para ello...

MARC. (Asombrado.) ¿Qué es lo que decis?

DOM. Tampoco quiso ayer que se fuese á buscar á la buena y digna señora de Garán, á quien Serafina llamaba sin cesar en su delirio... Allí no habia nadie mas que el viejo Domingo, á quien no se atrevia ese hombre á alejar... porque sabe bien que no hubiese sido fácil intentarlo... ¡Ira de Dios! Le hubiera hecho trizas.

ALB. ¡Ved lo que decís, señor Domingo!

MARC. Conteneos, papá.

DOM. ¡Eh! por vida mia que bastante me contengo... (Con rabia.) Cuando pienso que ese Montgeron, que ese hombre sin alma ha hecho bajar á la bóveda el cadáver de Serafina todavia caliente, que ha prohibido toda pompa y que contra la costumore y bajo pretexto de un viaje precipitado, quiere que esta misma noche se cierre la losa que nos ha de separar de ella para siempre...

ALB. ¿Es sin duda para eso para lo que me ha mandado llamar?...

DOM. ¿Tú te negarás? ¿no es verdad que te negarás?

ALB. No hay que incomodarse por eso, señor Domingo. Ya sabeis que aqui todo el mundo tiene la costumbre de obedeceros... Con que decidme que me marche y me largo con mis herramientas...

DOM. Bien... vete á tu casa, y si el Conde te manda llamar... no vengas.

ALB. Está bien.

DOM. Tú, Marcial, vé á ponerte de centinela en la verja grande, y asi que divises á Gerónimo y al doctor ven á avisarme. (Los aldeanos que estaban de rodillas se levantan.) Ya salen de la capilla: marchaos.

MARC. ¿Y dónde os encontraré?

DOM. ¡Aqui... siempre aqui! ¡cerca de ella!

(Vánse Marcial y el Albañil. En el mismo instante un grupo de aldeanos sale de la capilla: en seguida se vé á Montgeron, que sube de la bóveda precedido de un capellan y seguido de criados con hachas encendidas. Los aldeanos se colocan formando círculo.)

ESCENA II.

DOMINGO, MONTGERON, el CAPELLAN, ALDEANOS.

MONT. Os doy gracias, señor sacerdote, por vuestros consuelos, y siento un vivo dolor por no poder tributar á la memoria de la condesa todos los honores debidos á su clase... pero tengo que abandonar el castillo esta misma noche;... porque una órden de la reina madre me llama á Paris... á Paris, adonde he enviado esta mañana ya á mi hija... Compadecedme por haber tenido que apresurar esta triste ceremonia. (Alto á los criados.) Alumbrad al señor capellan. (Dos criados salen por el foro alumbrando al capellan, que se retira seguido de un grupo de aldeanos. Otros se marchan por detrás de la capilla y otros se dirigen hácia el castillo por el tercer bastidor de la derecha. Montgeron, que ha seguido todos estos movimientos, viene adonde está Domingo.)

ESCENA III.

DOMINGO, MONTGERON.

MONT. Pedro el albañil debia estar aqui.

DOM. (Bruscamente.) Ha venido; pero yo le he dicho que se vaya.

MONT. (Ap.) (¡Insolente lacayo!((Alto.) Mientras la condesa ha vivido he creido deber tolerar la arrogancia de un hombre á quien se dignaba llamar padre, olvidándose de lo que debia á su dignidad. Pero hoy que ella no existe, yo debo hacer entender á ese hombre que aqui no es mas que un lacayo.

DOM. ¡Yo un lacayo!

MONT. (Con fuerza.) Y un lacayo inútil, que echaré á la calle si continúa siendo importuno.. Y ahora, id vos mismo á buscar á Pedro y traedle aqui.

DOM. No iré.

MONT. ¿Qué os atreveis á decir?

DOM. Serafina me llamaba su padre porque sabia que yo la amaba como á hija... Esa hija querida está allí, y yo no me separaré de este sitio hasta que el médico que espero haya venido.

MONT. No vendrá.

DOM. Sí vendrá, porque yo mismo le he mandado á buscar á Poitiers.

MONT. ¡Tú!

DOM. Si... por Gerónimo, que ha jurado traerle... y le traerá; estad seguro de ello.

MONT. (Con rabia.) ¡Domingo!

DOM. (Conteniéndose apenas.) ¡Oh! no griteis tan alto... Á mí no me asustais, señor Conde... Sois noble, ya lo sé... poderoso en la córte, segun dicen... pero hay algo superior á vuestro poder y nobleza, ¡que es la justicia del rey!... La buena sangre no se desmiente... y el rey Luis trece escuchará al viejo soldado de Enrique su padre... Y si es preciso iré hasta él... y le diré que mi Serafina estaba sola en el mundo, que yo era su único amigo, su segundo padre... y le diré que la condesa de Montgeron ha muerto sin que ni un médico la haya podido socorrer... le diré tambien... Mirad, señor Conde... dejadme: no me hagais hablar mas de lo que yo quisiera. (Vá á sentarse en un extremo: Montgeron permanece un momento como petrificado.)

CRIADO. (Saliendo del castillo.) Señor Conde.

MONT. (Volviéndose.) ¿Qué me quieres?

CRIADO. (A media voz.) El doctor Guenault de Poitiers...

MONT. Mas bajo, mas bajo

CRIADO. Acaba de llegar al castillo. Gerónimo le ha hecho entrar por la puerta falsa del parque.

MONT. Está bien. (Ap.) ¡Oh! voy á despedirle al instante: no quiero verle... (A Domingo.) Si no tuviese compasion de vuestra edad, y si no recordase el ciego cariño que os tenia la señora de Montgeron, haria castigar vuestra insolencia... pero quiero olvidarlo todo por esta vez y atribuir vuestras insensatas palabras al pesar que os aflige... Otra vez seré mas severo... no lo olvideis. (Váse, seguido del Criado.)

ESCENA IV.

DOMINGO, despues MARCIAL.

DOM. ¡Mas severo! ¿Qué me importa? Cuando haya aclarado mis sospechas... Pero hasta entonces... mi puesto está aqui... aqui es adonde quiero traer al doctor... (En voz baja.) aqui, donde yo sabré por él si eres un infame asesino... Yo le diré, entregándole esta redoma que he supuesto haber roto, para poderla guardar... yo le diré: un horrible pensamiento me persigue... con esto, no tengo duda, es con lo que se ha dado la muerte á mi pobre señora: tomad, examinad las gotas que quedan de esa bebida, y supuesto que sois médico, descubrid si ha habido un crímen ó una desgracia!

MARC. (Que sale corriendo por el tercer bastidor de la derecha.) ¡Ah! ¡héme aqui, papá!

DOM. ¿Y el médico?

MARC. Ya ha llegado.

DOM. ¿Dónde está?

MARC. En el aposento del señor Conde.

DOM. ¡Con él! ¡Maldicion!

MARC. Habia pensado aguardarle cuando se marchara; pero del mismo modo que ha entrado por la puerta falsa del parque cuando yo le esperaba en la puerta de la verja, podrá salir por un lado cuando yo le espere en el otro.

DOM. (Con impetuosidad.) ¡Oh! ¡pero es preciso que yo le vea!... ¡es indispensable!... Escucha: vete corriendo á la verja y no te muevas... yo aguardaré en la puerta falsa. Hasta dentro de un momento, Serafina, hasta dentro de un momento. Corre, Marcial, corre. (Váse Domingo hácia el castillo. Marcial váse corriendo por el costado opuesto por el tercer bastidor de la izquierda.)

ESCENA V.

Durante la anterior escena la tempestad ha bramado sordamente y la oscuridad se ha hecho mayor. Despues de la salida de Domingo y Marcial el teatro queda solo un momento. Un hombre, embozado en una gran capa, aparece sobre el puentecillo, llega hasta la puerta de la capilla, se detiene y se descubre: es JORGE.

JORGE. ¡Aqui es! La mano de Dios me ha conducido; ella ha separado todos los obstáculos, alejado todos los testigos: ella me guiará y sostendrá hasta el fin. Vamos, Serafina: aqui es donde me has dado la cita. ¡Como tú viniste á mí hace cinco años, yo vengo ahora á tí... mi prometida! (Se dirige á la capilla y se le vé bajar los escalones del panteon. La tempestad crece y el viento penetrando en la capilla apaga las luces que quedaban encendidas, pues han debido irse apagando poco á poco durante la escena anterior. La capilla queda entonces, como el resto de la escena, completamente á oscuras. De repente se oye un gran grito en el panteon, y poco despues aparece Jorge, saliendo de la capilla, pálido y en el mayor desórden, y cae de rodillas á pocos pasos de ella.) ¡Piedad, Dios mio!... ¡piedad para el profanador! ¡para el sacrílego! (Despues de un momento de silencio.) ¡Es una horrible vision!... ¡yo estoy loco!... Cuando he levantado el fúnebre paño... luego que... sin respirar apenas he puesto mis labios sobre su frente pálida y fria... (En este instante se vé á Serafina que, envuelta en su sudario, sube lentamente los escalones del panteon.) ¡No... no... sus apagados ojos no se han abierto... no!... ¡su mano no ha apretado la mia! ¡no! ¡no!... ¡Serafina está muerta!... ¡no se ha reanimado! ¡está echada en su ataud!... (Diciendo estas palabras irá hácia el lado de la capilla; dá un grito y cae de rodillas con las manos extendidas hácia Serafina, que está de pié en el umbral de la capilla.)

SER. (Baja lentamente los escalones y parece como que quiere recordar el paraje en que se encuentra y reunir sus ideas. Vé á Jorge y vá hácia él, pone las manos sobre su cabeza y le dice con voz muy débil.) ¡Jorge! (Como desfallecida por este esfuerzo cae en los brazos de Jorge, que vuelve en sí diciendo.)

JORGE. ¡Su voz! ¡es su voz! ¡Serafina! es verdad que es ella y bajo mi mano late su corazon...¡Oh! ¡vive!... ¡vive. Dios

mio! ¡Socorro! ¡socorro! ¿Qué voy á hacer? ¿entregarla á quien la ha enterrado viva? ¡No!... ¡no!... es á la muerte á quien se la he arrebatado... Pues bien, Serafina... muerta ó viva, ahora ya me perteneces. (*Coge en sus brazos á Serafina desmayada y se la lleva, atravesando el puente de madera, y desaparece.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una posada en el camino de Poitiers. El teatro está dividido en dos partes. La de la izquierda es una sala de posada, puerta al foro: á la izquierda una ventana con vidriera, cerca de esta una mesa cubierta con un tapete verde, papel y tintero, sillas de madera: á la derecha puerta de comunicacion con la pieza inmediata; cerca de esta puerta una mesa pequeña. La parte de la derecha es una habitacion bonita, bien amueblada. Puerta de entrada al foro: á la derecha á lo largo de la pared un canapé con almohadones, cerca de este una ventana; á la izquierda en el proscenio, la puerta de comunicacion, con cerrojo: velador al lado de esta puerta, y sillas de caña.

ESCENA PRIMERA.

En la habitacion de la derecha, JORGE, el DOCTOR GUENAULT, SERAFINA.

Serafina dormida en el canapé, el Doctor sentado á la cabecera tomándola el pulso y Jorge de pié cerca de él.

DOCT. ¡Os lo repito, se ha salvado!

JORGE. ¿Pero ese sueño?

DOCT. Cesará bien pronto.

JORGE. ¡Oh! ¡bendito seais, Doctor!

DOCT. Cuando hace tres dias, obligado por un viaje indispensable, me ví precisado á dejaros en este pueblecillo á dos leguas de Poitiers, tenia ya buenas esperanzas. Habeis seguido puntualmente mis instrucciones; vuestros

cuidados... y Dios han hecho el resto... Dios sobre todo, porque á un milagro se debe el que esta infeliz tenga vida... pues toda mi ciencia habria sido impotente si una mano mas hábil hubiese administrado este horrible veneno!...

JORGE. ¡Oh! ¡hablad bajo, Doctor!... antes de vuestra marcha dudabais todavia.

DOCT. (Levantándose.) Pero ahora lo aseguro. Vos no habeis obtenido de ella ningun indicio... ninguna explicacion...

JORGE. ¡Apenas ha pronunciado algunas palabras... y no sé todavia si me ha reconocido!

DOCT. ¿Conoceis algun enemigo secreto de vuestra jóven esposa?

JORGE. ¡Oh! no.

DOCT. ¿Tenia alguna tristeza... ¿alguna de esas melancolias profundas que producen el disgusto de la vida?...

JORGE. (Reflexionando.) ¡Puede ser!

DOCT. Y habrá sido ella misma tal vez...

JORGE. (Reflexionando.) ¡Oh!... ¡no puedo creerlo!...

DOCT. Mas tarde quizá aclarareis este misterio; y si mi testimonio os es necesario, entonces me llamareis; porque os lo aseguro, estoy dispuesto á perseguir hasta mis últimos instantes este fatal veneno, importado de Italia, que hace algunos años destruye y diezma la córte de Francia: ese veneno que encuentro á cada paso... y por todas partes... y siempre... Hace tres dias, cuando os abandoné, iba tambien á certificar la muerte de una de sus numerosas víctimas!... ¡Pobre jóven!... Pero si no he podido salvarla... al menos la vengaré... porque conozco al delincuente... ¡Tengo contra él pruebas!... armas terribles... y por muy elevada que sea su posicien, juro en nombre de Dios que sabré alcanzarle. Ahora que el cielo os guarde, mi jóven amigo.

JORGE. (Mirando á Serafina.) ¿Nos abandonais ya?

DOCT. Un deber imperioso me obliga á ello... (Vá hácia una silla de la puerta del foro á tomar su sombrero.) tengo que comunicar al gobernador de esta provincia nuevos indicios sobre el crímen de que os acabo de hablar... y esta vez, si él vacila todavia... yo no vacilaré... iré hasta Paris á llevar mi acusacion á los piés del Cardenal ministro... En cuanto á nuestra querida enferma, os respondo otra vez de su vida... y podeis hoy mismo. . si lo necesitais

continuar vuestro viaje.

JORGE. ¡Ah! ¡Doctor, semejantes servicios no se pagan con oro!... ¡Contad desde hoy con mi eterno reconocimiento!

DOCT. En todo tiempo y en todas partes contad con el doctor Guenault. (Váse.)

ESCENA II.

JORGE, SERAFINA, dormida.

JORGE. ¡Salvada!... ¡Salvada! .. ¡Oh! ¡gracias, Dios mio!... Podremos partir, abandonar esta maldita posada, en la que hace seis dias estamos encerrados á causa de sus dolencias... y una vez en Paris, ganaremos fácilmente un puerto de mar, lejos del de la Rochela, donde podrian conocernos. (Serafina hace un movimiento.) Pero parece que se despierta. ¡Oh! ¡el Doctor decia la verdad!... ¡Señor! Señor, que habeis hecho un milagro favoreciendo nuestro amor, concluid vuestra obra y volvedme á Serafina. (Al terminar esta invocacion cae de rodillas delante del canapé y toma una de las manos de Serafina, que se estremece y se levanta mirándole con atencion.)

SER. ¡Tú!... ¡eres tú! ¡Sueño todavia! ¡Jorge!

JORGE. ¡Si... Jorge... tu amante, tu prometido! ¡Jorge, que te ha salvado!

SER. (Como saliendo de un sueño.) ¡Jorge!... ¡vivo!... ¡Yo... cerca de él!... ¡Oh!... todo esto no es mas que un sueño... y yo dudo aun...

JORGE. (Con amor.) No dudes mas... deja tu mano entre las mias. Mira... soy yo... tu amado... ¡Es la dicha! (La besa la mano y Serafina hace un movimiento.)

SER. La dicha... ¡Oh!... si... (Trata de reunir sus recuerdos.)

JORGE. ¿Lo pasado?... Olvídalo... es la nada...

SER. Si, la nada... la muerte... Yo he permanecido asi largo tiempo... De repente sentí dentro de mí una conmocion extraña... Un nombre... nombre querido, fijaba mi pensamiento... y con él volví á la vida!... Abro los ojos... y una noche oscura y profunda me rodeaba... quiero llamar y me falta la voz... (Se levanta.) Me levanto... bajo mis manos... bajo mis pies... por todos lados la frialdad del mármol... un sepulcro... una mortaja!... me

lanzo de allí... (*Se vuelve*) y diviso á un hombre... de rodillas, con los brazos extendidos hácia mí... y aquel hombre... aquel ángel... ¡mi salvador!... eras tú... Jorge. ¡Oh!... ¡bien sabia yo que tú volverias!

JORGE. (*Levantándose y estrechándola contra su pecho.*) Si... era yo... si... yo, que he vuelto para salvarte... ¡Dios, que tiene piedad de nosotros, te ha dado una nueva vida... y esa, Serafina, tú me la debes, y... esa es para mí!...

SER. (*Desvariando.*) ¡Oh!... si, ¡para tí... por siempre! Y si mi padre quisiera aun separarnos...

JORGE. ¡Continúa su delirio!... ¡Excepto nuestro amor... lo ha olvidado todo!...

SER. No te separarás mas de mí, ¿no es verdad? ¡He sufrido tanto cuando no estabas allí!

JORGE. No, Serafina, no nos separaremos ya. Al presente nuestras existencias estan unidas como nunca... ¡Vivir ó morir juntos! (*Se oye ruido fuera.*)

SER. (*Con placer.*) ¡Vivir ó morir juntos!

JORGE. (*Corriendo á la ventana.*) ¿Qué ruido es ese? Dos caballeros se detienen delante de esta posada... quieren descansar quizá... (*Volviendo al lado de Serafina.*) ¡Oh! si la conociesen... Á toda costa es necesario... ¡Pero tan débil todavia!...

SER. No, me siento con fuerzas...

JORGE. ¿Podrás partir?

SER. ¡Contigo!

JORGE. Pues bien, partamos.

SER. Partamos.

JORGE. Hoy mismo.

SER. Hoy mismo.

JORGE. Dentro de una hora abandonaremos esta posada, donde no estamos solos... y lejos, lejos de aqui... encontraremos una tierra hospitalaria... un cielo protector... Para tí la calma, la tranquilidad... para ambos la dicha... Dentro de un momento estaré de vuelta.

SER. (*Con viveza.*) ¿Me dejas?

JORGE. Para disponer nuestra marcha.

SER. ¿Contigo siempre?

JORGE. ¡Siempre! (*La mira con ternura y váse por el foro, cerrando la puerta.*)

ESCENA III.

SERAFINA, sola y algo trastornada.

Si, la dicha al lado de Jorge siempre!... ¡Oh! ¡me parecerá estar en el cielo!... Sin embargo, no sé por qué... temo aun... mis ideas se confunden... ¡Oh! por mas que me esfuerzo no puedo recordar... (Déjase caer de nuevo sobre una silla que está cerca de la ventana, por la cual mira.)

ESCENA IV.

MONTGERON y el POSADERO, entran en la habitacion de la izquierda. SERAFINA cerca de la ventana en la sala de la derecha.

POS. (Saliendo el primero.) Por aqui, caballero, por aqui.

MONT. ¿No teneis mas que esta habitacion que darme?

POS. Perdonad: dentro de pocos instantes tendré otro aposento mas digno que ofrecer á monseñor.

MONT. ¿Y por qué no ahora?

POS. Porque está todavia ocupado por un caballero con su esposa que quieren marcharse esta noche. (Durante este tiempo Montgeron ha dejado su espada y su sombrero en la mesa que está á su derecha.)

MONT. Está bien. Dejadme y conducid aqui al momento que llegue á la persona que espero. (Váse: empieza á oscurecer.)

POS. Sereis obedecido.

ESCENA V.

MONTGERON, solo, sentado cerca de la mesa de la derecha.

¿Se escapará tambien Richelieu esta vez? Desde mi salida de la Faille, que no he abandonado sin haber visto cerrar la tumba de Serafina, he recorrido las provincias sometidas últimamente y por todas partes me he asegurado del apoyo de los jefes calvinistas. «Sed feliz »en vuestra comision, me ha dicho Maria de Médicis, y »la mano de la señorita de Epernay es vuestra.» (Con alegria.) ¡La señorita de Epernay, la mas rica heredera del Languedoc! ¡la señorita de Epernay, la favorita de la

reina madre!... ¿Y cuando tengan noticia de mi primer matrimonio?... (Con aplomo.) Llegado ese caso diré que la muerte ha venido á romper un lazo que yo abominaba y estaba resuelto romper, para lo cual habia hecho gestiones cerca de la córte de Roma... Ahora desechemos todo recuerdo importuno... ¡El porvenir es mio! ¡mia la inmensa fortuna de la señorita de Epernay y el favor de Maria de Médicis! (En este momento alza la voz y Serafina levanta la cabeza y mira al lado del tabique que separa los dos cuartos. El posadero alumbrando con una bujia entra en el cuarto de Montgeron, precediendo á un correo. Pone la luz en la mesa inmediata á la puerta de comunicacion: desde este momento la habitacion de la izquierda está alumbrada y oscura la de la derecha.)

ESCENA VI.

MONTGERON, el CORREO, el POSADERO, SERAFINA.

Pos. (En alta voz.) Ahí teneis al conde de Montgeron.

Ser. (Escucha. Estremeciéndose al oir este nombre.) ¡Montgeron!

Cor. (Saludando y presentándole una carta.) Para vos, señor Conde. Hace dos dias os estoy buscando para entregárosla.

Mont. ¿De parte de quién venis?

Ser. ¡Su voz!

Cor. De parte del señor Gobernador de la provincia.

Ser. (Escuchando.) ¡Oh! ¡no puede ser! ¡yo estoy loca!

Mont. (Al Correo.) ¿El Gobernador de la provincia? ¿qué puede quererme? Está bien: dejadme. (El Posadero y el Correo vánse.)

Ser. Él... él... ¡Oh! ¡ahora lo recuerdo todo!

ESCENA VII.

MONTGERON á la derecha, SERAFINA á la izquierda. Serafina se apoya contra el tabique. Montgeron se sienta cerca de la mesita colocada al lado de la puerta de comunicacion que le separa de su mujer.

Mont. Leamos este mensaje... (Lee.) «Señor Conde, si esta carta os llega á tiempo apresuraos á huir... á libraros del cadalso...»

Ser. (Que ha oido.) ¡El cadalso! (Se acerca á la puerta.)

MONT. (Con espanto.) ¿Qué he leido? (Continuando de prisa.) «¡Sois »ó muy culpable ó muy desgraciada! Desde la estancia »del Cardenal en ese pueblo, circulan acerca de vos ru»mores terribles... vuestro casamiento con la señorita »de la Faille no es un secreto para nadie. Se asegura »que para casaros con la señorita de Epernay, cuyo »dote y crédito deben restablecer vuestra disipada for»tuna, no habeis retrocedido ante ningun obstáculo.»

SER. ¡Gran Dios!

MONT. (Continuando despues de un breve silencio.) «Hubiera desea»do acallar tales rumores; pero me es imposible: un »célebre médico, el doctor Guenault, os acusa en alta »voz, de concierto con un antiguo criado de la Faille.»

SER. ¡Domingo!

MONT. «Ese Guenault es un hombre enérgico, inflexible en sus »determinaciones: se me ha presentado y pedido la au»torizacion necesaria para hacer abrir el panteon de la »capilla donde está enterrada la condesa de Montge»ron... Yo no he podido negarme á ello, y en este mo»mento en que os escribo sale para el castillo de la Fai»lle.» (Interrumpiéndose y con espanto.) ¡Sale, y esta carta está escrita hace tres dias!

SER. ¡Yo fallezco! (Se pasa la mano por la frente.)

MONT. (Con voz mas alterada.) Continuemos. (Lee.) «Adicto como »vos á la causa de la reina madre, y sabiendo el favor »con que os distingue, creo de mi deber preveniros in»mediatamente para que podais ganar la frontera si sois »culpable... ó marchar á Paris á confundir á vuestros »enemigos si sois inocente!» (Un momento de silencio: hablando con voz entrecortada.) ¡He leido bien!... ¡Todo se ha descubierto!... ¡Estoy perdido! (Serafina escucha. Montgeron se levanta, resolviendo en su pensamiento con ansiedad.) ¡Pero no!... no tienen pruebas, porque no tengo cómplice alguno... y el veneno que he empleado no deja rastro.

SER. ¡Horror! (Se separa de la puerta dando un gran grito.)

MONT. (Volviéndose precipitadamente.) ¿Qué es lo que he oido? ¡Un grito aqui!... cerca de mí... ¿luego no estoy solo?)... (Repara en la puerta de comunicacion.)

SER. (Con espanto.) ¡Oh! ¡me vá á matar!

MONT. ¡Una puerta que tratan de cerrar!... ¡Oh! yo la haré pedazos y sabré quién sois... vos que poseeis mi secreto.

(Redoblando sus esfuerzos, la puerta cede: Serafina, aterrada, retrocede y cae sobre el canapé: Montgeron se precipita en la habitacion; pero al ver á Serafina, que se alza pálida delante de él, dá un grito de terror y retrocede á su vez por la puerta de comunicacion que encuentra en su cuarto, y dice con estremecimiento.) ¡Ella!... ¡ella! (Permanece un instante como herido de un rayo. La puerta del foro de la habitacion de la derecha se abre y aparece Jorge.)

JORGE. (Sin entrar y á media voz.) ¡Serafina!

SER. ¡Jorge! ¡Sálvame, sálvame!...

JORGE. (Recibiendo á Serafina casi moribunda, se la lleva diciendo.) ¡Ven! ¡no tenemos un momento que perder! (Váse precipitadamente: la puerta se cierra.)

ESCENA VIII.

MONTGERON y á poco el POSADERO.

MONT. (Volviendo en sí.) Serafina!... ¡Oh! ¡era ella!... (Toma la luz que está sobre la mesita y entra precipitadamente en la habitacion en que ha visto á Serafina y pone la luz sobre el velador' desde este momento esta habitacion queda alumbrada y la de la izquierda oscura.) ¡Solo!... estoy solo... (Silencio.) y sin embargo hace un instante habia aqui una mujer... yo la he visto... y esa mujer... (Ruido fuera: vá á la ventana.) Un coche... ¿Á quién espera? ¡Otra vez ella! (Dando un grito.) ¡Serafina! ¡Serafina viva! ¡y ese carruaje se la lleva!... ¡Corramos!

POS. (Saliendo por la puerta del foro de la habitacion de la derecha y alegremente.) Venia á instalar al señor Conde; pero ya veo...

MONT. (Yendo á él muy de prisa.) ¿Quién ocupaba este aposento?

POS. ¡Qué pálido está monseñor!

MONT. Responded.

POS. (Temblando.) ¡Pero... señor! ya he tenido el honor de deciros que un caballero...

MONT. Pero no estaba solo... ¿habia con él una mujer?

POS. Si, señor.

MONT. ¿Y esa mujer?

POS. Era... era su esposa... supongo. (Pasa de la puerta de conicacion á la habitacion de la izquierda y toma la espada y sombrero de Montgeron, que trae y coloca en una silla de la dere-

cha. Esto lo ejecuta durante el aparte de Montgeron.)

MONT. (Ap.) (¡Su esposa! Si, eso es... yo estoy loco...) (Al Posadero, que vuelve.) ¿Conoceis á ese caballero?

POS. Solamente sé su nombre, que ha tenido precision de declarar para que le den caballos... ¡es el caballero de Garán!

MONT. (Gritando.) ¡Garán!

POS. (Insistiendo.) Aquel por quien en otro tiempo se tomó la Rochela... ¡el que se creia muerto!

MONU. (Conteniéndose apenas.) ¿Y desde cuándo estaba aqui?

POS. Hace seis dias.

MONT. (Con fuerza.) ¡Seis dias!

POS. Llegó aqui á media noche: su mujer venia moribunda... y hoy mismo apenas podia subir al coche... Al verla tan pálida cualquiera hubiera dicho que estaba muerta.

MONT. (Con voz fuerte.) ¡Basta... basta! quiero estar solo.

POS. Bien está, monseñor... me retiro.

(Pasa por la puerta de comunicacion, y váse por la puerta del foro de la izquierda.)

ESCENA IX.

MONTGERON, solo, sentado en el canapé.

¡Oh! ¡razon mia, razon mia... ¡no me abandones!... (Recapacitando.) Hace seis dias por la noche un caballero conduce aqui á una mujer moribunda... este caballero se llama Garán... y esta mujer tiene todo el aspecto de Serafina! ¡Oh! ¡pero yo deliro! Todo ello es una casualidad!... una semejanza fatal!... inaudita!... nada mas, no puede ser otra cosa... porque Serafina está muerta! Yo la he visto pálida... fria... envuelta en su sudario...

POS. (Por la puerta del foro de la habitacion de la izquierda, y anunciando sin entrar en la segunda habitacion.) El señor Gobernador.

MONT. (Con susto.) ¡El Gobernador! (El Gobernador sale, pasa por la puerta de comunicacion y llega cerca de Montgeron: dos guardias que le siguen permanecen en la habitacion de la izquierda, y otros dos fuera; el Posadero se marcha.)

ESCENA X.

MONTGERON, el GOBERNADOR, guardias.

GOB. (Con prontitud.) Yo mismo, señor Conde, que vengo á deciros que no os queda tiempo mas que para huir...

MONT. (Agitado.) ¿Por qué?...

GOB. El doctor Guenault ha vuelto del castillo de la Faille... Ha hecho abrir el sepulcro de la condesa.

MONT. ¿Y bien?

GOB. El ataud estaba vacio.

MONT. (Retrocediendo con espanto.) ¡Vacio!

GOB. Y el doctor os acusa de haber sustraido el cadáver para hacer desaparecer las señales del veneno.

MONT. (Como iluminado por una idea feliz, y ap.) ¡Era ella!... ¡vive... ella con Garán! ¡Ah! ¡qué esperanza!...

GOB. Y bien, señor Conde, ¿sois inocente ó culpable?... ¿á dónde quereis que os conduzca? ¿á la frontera ó á Paris?

MONT. (Con vehemencia y cogiendo del brazo al Gobernador.) Á Paris, caballero, á Paris. (Pasan juntos por la puerta de comunicacion, atravesando el aposento de la izquierda, y vánse seguidos por los guardias.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon de recepcion del palacio del Luxemburgo, habitado por la reina madre, y adornado con ricos candelabros y muebles dorados. Á la derecha en el primer término una grada de algunos escalones conduce á la cámara de la reina; al mismo lado en el ángulo, el aposento ocupado por Montgeron. El foro abierto, dejando ver una galeria. En el ángulo izquierdo una puerta, y al mismo lado en primer término una puerta cerrada y con rica cortina, que conduce á la cámara del rey.

ESCENA PRIMERA.

DE-TERMES, BASSOMPIERRE, CABALLEROS de la córte.

Al levantarse el telon se ven varios grupos de señores, reinando una conversacion animada. Bassompierre acompañado de algunos amigos, viene por el foro de la parte de la derecha.

BAS. Vive Dios, señores, que la recepcion de la reina madre estará hoy brillante... Los cortesanos afluyen ya al palacio de Luxemburgo.

TER. ¡Y el del Cardenal está desierto, está en el órden!

CORT. Nadie falta aqui mas que Montgeron.

TER. ¿Dónde se oculta ese favorito de la reina madre, cuando el enemigo comun está en derrota? ¿Será que su brillante estrella se ha eclipsado? los rumores que corren acerca de él, ¿serán fundados?

BAS. Deteneos, señores... no os apresureis á acusarle... El conde de Montgeron se justificará... yo os lo digo, ¿No

veis que esa es una nueva infamia del Cardenal?... pero! á Dios gracias! pronto dejará de poder hacer daño á nadie, y la muerte de nuestro pobre Boutteville será vengada!... ¡Boutteville!... ¡un Montmorency... la primera familia del pais!... ¡Ah! si Richelieu se hubiera contentado con gobernar al rey... pero verter sobre un cadalso la sangre mas noble de Francia, eso es lo que nunca le perdonaremos!

TER. Esta vez, ¿es cierta su desgracia?...

BAS. Las dos reinas tienen la palabra del rey... y mañana nuestro enemigo mortal dormirá en la Bastilla.

TER. ¿Y por qué no hoy?

BAS. El rey no se ha decidido aun á firmar la órden.

TER. (Con desprecio.) ¡Qué debilidad!

BAS. (Con cólera.) ¡Oh! ¡si, debilidad! Lo he dicho siempre: su hermano Gaston ceñiria mejor la corona de Francia.

TER. Por eso se ha firmado esta noche un pacto secreto entre Maria de Médicis y Gaston para llamar á Francia las tropas del rey de España, y bien pronto...

CORT. Silencio... que viene alguno.

ESCENA II.

LOS MISMOS, MARCIAL. Marcial sale del cuarto de la reina con traje de ujier, baja los escalones y examina todos los grupos de los cortesanos.

MARC. (Con aire sencillo.) Perdonad, señores y caballeros... el señor de Bassompierre?

BAS. (Volviéndose.) Yo soy... ¿qué me quieres, jóven?

MARC. Este billete, que me han encargado que os entregue... con el mayor sigilo. (Todos los cortesanos se echan á reir: Marcial les mira con asombro.)

TER. ¡Bravo!... ¡eso es lo que se llama una comision bien desempeñada!... ¡qué cándido es el mozo!

BAS. (Tomando el billete.) No os fieis de su cara... es mas ladino de lo que os parece... ¡ha aprendido en la escuela del Cardenal!

TER. ¿Del Cardenal?... ¿y está aqui?

BAS. Cierto. La reina madre conoce el corazon humano: este mozo era adicto al Cardenal; pero el Cardenal no tendrá mayor enemigo, pues le ha despedido. (Abre la car-

ta y vá á sentarse en un sillon de la izquierda del proscenio para leerla.)

MARC. (Suspirando.) Y despedido por una nimiedad.

TER. Cuéntanos esa historia.

MARC. (Secamente.) Con mucho gusto. (Á De-Termes.) Es una historia de bichos.

TER. ¡Eh!

MARC. (Á otro.) Una historia de animales.

CORT. ¿Qué es lo que dice? (Le rodean.)

MARC. Una historia de gatos... de gatos pequeños... Ya sabeis que monseñor idolatra los gatitos... siempre tiene á su alrededor dos, tres, cuatro... Ya se arañan, ya se muerden, ya se pelean; y monseñor dice que esto le representa los cortesanos.

TER. (Riendo.) ¡Gracias!

MARC. Habia uno, el favorito, rubillo, con los ojos verde manzana, muy malo, muy goloso y con unas ¡unas! No he visto nunca un animal tan pequeño con unas uñas mas grandes ni mas afiladas. Todos los que se acercaban á monseñor llevaban señales suyas: ¡yo estaba acribillado! las manos, los tobillos!... Un dia, al anunciar la llegada de un embajador, entro precipitadamente... El gato estaba detrás de la puerta... (Apretando las manos) ¡Crac! ¡Dios de mi vida! no dió mas que un chillido... Le aplasté... de tal modo, que monseñor no tuvo el consuelo de poderle mandar disecar.

CORT. ¡Já, já, já! (Los cortesanos se rien.) ¡Bellaco del diablo!

TER. ¡Con su historia de gatos! (Se separan de Marcial, que sube y váse por el foro izquierda. Durante este tiempo Bassompierre se levanta y atraviesa la escena.)

BAS. (Agitado y ap.) ¡Montgeron en Paris, oculto en Luxemburgo!... ¿Qué significa este misterio?... ¡Y quiere hablarme en secreto!... Tratemos de alejarlos (Alto.) Parece, señores, que llegan las damas... (Mira por el foro izquierda.)

TER. ¿No se decia que hoy iba á hacer su presentacion una nueva dama de honor... una belleza ideal?...

CORT. ¡Una beldad desconocida!... Señores, corramos á recibirla. (Vánse por la galeria á la izquierda. Montgeron sale de su aposento.)

ESCENA III.

BASSOMPIERRE, MONTGERON, que sale con mucho misterio.

BAS. ¡Ah!... ¿sois vos, Montgeron? ¡Vos en Paris!

MONT. (Con reserva.) Desde mi vuelta del castillo de la Faille no le he abandonado.

BAS. Entonces esta ausencia...

MONT. Tenia necesidad de hacerla creer para el buen éxito de mis proyectos.

BAS. Pero esos rumores que el Cardenal ha hecho circular...

MONT. Concluirán hoy mismo, á la vez que su poder.

BAS. Estoy sorprendido, querido Conde, porque no os debo ocultar que esas calumnias empiezan á tomar algun crédito en la córte.

MONT. No puedo explicarme ahora; pero sí os diré á vos, que siempre me habeis defendido, que me encuentro en posicion de justificarme y de confundir al Cardenal.

BAS. ¡Vive Dios que entonces la fiesta será completa!

MONT. Y vá á ser su misma hechura, el caballero de Garán, quien debe presentar mi justificacion.

BAS. ¡El caballero de Garán!... ¿el vencedor de la Rochela?... Pues qué, ¿está en Paris?...

MONT. Debe presentarse en la córte hoy mismo. Á instancias mias, Maria de Médicis se ha dignado dirigirle una invitacion para que se presente en palacio.

BAS. Hasta ahora no adivino qué relacion...

MONT. Es un horrible misterio, que será descubierto bien pronto, porque dentro de un instante... aqui, delante de todos, arrancaré la máscara con que querian ocultarse... Entre tanto sabed que la condesa, mi mujer, á quien me acusan de haber envenenado, está viva...

BAS. ¡Viva... la condesa!...

MONT. Si, viva para mi justificacion; pero tambien para mi deshonra... porque ese Jorge de Garán es su amante... Ya llegan.—¡Adios y silencio! (Entra en su aposento. Los ujieres de la cámara introducen á los señores y damas, que salen por diversos lados.)

UJIER. (Desde lo alto de las gradas que conducen á la habitacion de la Reina.) Señores, su majestad recibe.

(Luego que la escena queda sola, se oye ruido en la galeria en-

tre los guardias y ujieres, que anuncia la llegada de Richelieu, el cual viene por la izquierda, con traje de cardenal, excepto el capelo: lleva al cuello el collar y la banda de Santi-Espiritu, sin mas insignias: tiene en la mano un libro: sale pausadamente, y mira á los cortesanos que acaban de entrar á ver á la reina.)

ESCENA IV.

El CARDENAL, solo.

¡Por Nuestra Señora, que la córte de la reina madre está hoy muy concurrida!... ¿Sabrán ya que el rey no ha querido recibirme?... Os apresurais un poco, señores mios... Si... su aire de triunfo... estos avisos... estas noticias que recibo de todos lados... (Señalando al libro.) y sobre todo este folleto!... este odioso folleto, en que se atreven á indicar que convendria destronar al rey, arrojarle en un claustro y colocar en su lugar á su hermano Gaston!... ¡Oh!... si... todo me lo prueba... Se trama en secreto un complot... una vasta conspiracion... y yo podria decir quién es el alma de ella... ¡Ah! Maria de Médicis... tu odio hácia mí te lleva muy lejos; pero si yo pudiese acercarme al rey... ¡desgraciada de tí!... ¡no tendria compasion!... porque el rey, que quizá no temblára por mi cabeza, temblará cuando se trate de conservar sobre la suya la corona de Francia.

ESCENA V.

DICHO, MARCIAL. Marcial aparece en la galeria, y asegurado que nadie puede verle, se adelanta con velocidad. Los guardias y los ujieres se han alejado antes. Toda esta escena debe ser jugada con mucha viveza y á media voz.

MARC. Soy yo, monseñor.
CARD. ¿Estamos solos?
MARC. Si, monseñor.
CARD. ¿En la galeria?
MARC. Nadie.
CARD. (Mira y despues dice.) ¿Qué noticias?
MARC. Famosas.
CARD. ¿Ayer?

MARC. Reunion en el aposento de la reina madre.

CARD. ¿Sus parciales?

MARC. Lleno completo.

CARD. ¿Qué se dijo?

MARC. Horrores de vos, monseñor.

CARD. ¿La reina madre?

MARC. Os condena á un destierro.

CARD. Lo tendré presente... ¿Y monsieur de Marcillac?

MARC. ¡Á muerte!

CARD. ¡Imprudente! ¿Y monsieur de Guisa?

MARC. Á galeras.

CARD. (Frialdad.) Eso es un poco duro... ¿Y monsieur de Bassompierre?

MARC. Á la Bastilla.

CARD. Ese es un poco mas humano.

MARC. (Con sencillez.) Si... asi me ha parecido á mí.

CARD. ¿Y qué mas, qué mas?

MARC. Se ha leido.

CARD. ¿El qué?

MARC. Un pergamino amarillo, con sello encarnado.

CARD. ¿De qué trataba?

MARC. De destronar al rey... ¡poca cosa!

CARD. (Ap.) ¿Con que es verdad?... (Alto.) ¿Y qué mas?

MARC. (Tratando de recordar.) De monseñor Gaston.

CARD. ¿Y qué mas?

MARC. ¿Qué mas?... Del rey de España.

CARD. ¿Del rey de España?

MARC. Del rey de España... Visto lo cual, yo dije para mí: «esto no le interesa á monseñor.» Abandoné mi escondite y no escuché mas. (Vá hácia el foro y mira.)

CARD. (Consigo mismo.) ¡Un tratado secreto!... ¡Llamar á Francia á los extranjeros!... ¡Oh, infames! (Volviéndose á Marcial.) Pero ese pergamino, ese pergamino, ¿en manos de quién estará?

MARC. Le tiene el favorito.

CARD. ¿Estás seguro?

MARC. Yo mismo le abrí paso en la cámara de la reina despues de la junta.

CARD. ¿Eso es todo?

MARC. ¡Ah! se me olvidaba.

CARD. Habla pronto.

MARC. Una litera cerrada acaba de entrar en palacio.

CARD. ¡Cerrada!
MARC. Con gran misterio.
CARD. ¿Quién vendrá allí?
MARC. No sé nada.
CARD. Es preciso que lo sepas.
MARC. Lo sabré.
CARD. Alguien viene.
MARC. Me escapo. (Váse precipitadamente por la puerta del ángulo de la izquierda.)
CARD. (Solo.) ¡Un secreto semejante á Montgeron... á ese hombre! Por lo visto su favor es mayor hoy que nunca. ¡Oh! yo confundiré á ese infernal favorito.

ESCENA VI.

El CARDENAL, JORGE.

JORGE. (Saliendo agitadamente por la puerta de la cámara.) ¡Ah! ¡por fin le encuentro! Ese traje, esas insignias, un solo hombre tiene derecho á llevarlas... el Cardenal de Richelieu.
CARD. (Con calma y dignidad.) ¡Estais delante de él, caballero de Garán!
JORGE. ¡Mi nombre! ¿Sabeis mi nombre, monseñor?... Pero no me engaño... ¡esas facciones!... vos sois... vos... el que hace cinco años me confió una comision importante...
CARD. Y que hubiera querido poderos decir mas pronto, caballero de Garán, la desempeñasteis gloriosamente.
JORGE. ¡Vos el Cardenal!... ¡Oh! ¡gracias, Dios mio!... ¡Entonces nos hemos salvado!... Desde esta mañana busco inútilmente la ocasion de veros... Acabo de llegar á Paris y he recibido, sin saber á quién lo debo, una esquela de convite para la recepcion de la reina madre... Pero nos salvareis, ¿no es verdad?
CARD. ¿Salvaros?... ¿Qué quereis decir?...
JORGE. Vos me prometisteis en otro tiempo favorecerme.
CARD. Y os lo ofrezco de nuevo... Pero calmaos y hablad sin temor.
JORGE. ¡Oh! lo que voy á confiaros es el secreto de mi vida... un secreto del cual pende la existencia de dos personas. Ahí... (Señalando á la puerta del ángulo izquierdo.) Ahí... en esa antecámara... está sentada una mujer: ha venido

aqui escudada con mi nombre, á pediros como yo amparo y proteccion contra su marido... ¡porque esa mujer es la esposa de otro!...

CARD. ¡La esposa de otro!... ¡Desgraciado!

JORGE. ¡Oh!... ¡escuchadme... os lo ruego!... Esa jóven era mi amada... por ella, por merecerla, fuí á arrostrar la muerte donde vos me enviabais... y cuando á mi vuelta reclamé á mi Serafina, me enseñaron una tumba... una tumba que yo abrí.

CARD. (Con indignacion.) ¡Habeis profanado un sepulcro!

JORGE. ¡Ah! monseñor... si ese es un crímen... no me castigará Dios por él; porque en ese sepulcro habia sido encerrada, viva todavia, la desgraciada víctima, porque sin mí ella no hubiera podido levantar la losa que ahogaba sus gritos... porque sin mí nadie hubiese oido la horrible y última agonia de una existencia que se habia salvado de un veneno...

CARD. ¡Un veneno!

JORGE. (Fuera de sí.) Y si rehusais ampararme, si os resistis á protegerla, caerá otra vez en poder del infame Montgeron!

CARD. ¡Montgeron!... ¡Es Montgeron quien ha envenenado á su esposa!... (Tomándole del brazo) ¡Ah!... ¡yo os salvaré!... Pero teneis pruebas, ¿no es eso? ¿Teneis testigos de ese crímen?

JORGE. (Muy vivo.) Uno solo, monseñor: un médico que tiene en su mano las pruebas del crímen y que debia traéroslas.

CARD. ¿Y ese médico?

JORGE. Está en Poitiers.

CARD. (Con rabia.) ¡En Poitiers!... (Conteniéndose.) ¡Esperad!... un médico de Poitiers me ha escrito pidiéndome una audiencia: segun decia tenia importantes revelaciones que hacerme. (Saca una carta, que abre.) Si... esta es... ¡Guenault de Poitiers!

JORGE. ¡Oh! es él, monseñor; él, que el cielo nos envia para salvarnos... Pero ¿dónde está?... ¿dónde está?

CADR. (Entregándoselc.) Tomad... su billete... Corred á la casa cuyas señas indica... y conducidle á este palacio.

JORGE. (Cogiendo el billete con alegria.) ¡Ah! voy corriendo... (Deteniéndose de pronto.) ¡Pero, Dios mio!

CARD. ¡Y bien!... ¿qué os detiene?...

JORGE. ¡Y ella! ¡y Serafina! (Mirando hácia el cuarto de la izquierda.)

CARD. (Con fuerza.) No temais nada por ella, caballero ¡está bajo la proteccion del Cardenal Richelieu!...

JORGE. ¡Oh! gracias, monseñor. Y ahora temblad, conde de Montgeron, porque antes de una hora, os lo juro, la prueba de vuestro crímen estará en mis manos. (Váse corriendo por la galeria, izquierda.)

ESCENA VII.

RICHELIEU, despues DOMINGO, MONTGERON y toda la córte.

CARD. (Con intencion.) Y esa prueba nada perderá con pasar por las mias... (Con alegria.) ¡Llegó la hora de mi venganza!... ¡Montgeron el asesino!... ¡Montgeron el envenenador! Te tengo por fin en mis manos, y contigo el tratado del rey de España.

DOM. (En la galeria por la derecha.) ¡Dejadme! dejadme os digo... ó lo rompo todo!... (Saliendo á la escena, á pesar de los ujieres.) Quiero hablar al Cardenal.

CARD. ¿Qué ruido es ese?

DOM. (Elevando la voz.) Quiero pedirle justicia... ¡si, justicia del conde de Montgeron!

CARD. (Ap.) ¡Gran Dios! (Los guardias y los ujieres llenan la galerio: varios señores siguen los pasos de Domingo, y otros salen del cuarto de la reina y se detienen en los escalones. Montgeron sale de su aposento.)

MONT. ¿Quién se atreve á hablar asi? ¡Domingo!... (Reconociéndole.)

DOM. (Dirigiéndose á él y con fuerza.) ¡Ah!... eres tú... malvado!... (Le detienen.)

CARD. (Ap.) ¡Oh! si no detengo á este hombre vá á echarlo á perder todo!

CORT. Este hombre está loco!... Sacadle de aqui.

DOM. (Furioso.) ¡Atrás!... ¡no os acerqueis, lacayos!

CARD. (Que ha pasado sin ser visto por detrás de todo el mundo, se abre paso por medio de la multitud y se presenta en medio.) Deteneos; estais delante del Cardenal de Richelieu.

DOM. ¡Vos, el gran Cardenal!... Pues bien, oidme, señor. Vos, que no amais mucho á los grandes, segun dicen, me escuchareis y me hareis justicia.

CARD. La hago á todos; pero no aqui... mas tarde.

DOM. No, monseñor: aqui y en seguida.

CARD. ¿Y si yo os mandara callaros?

DOM. Os desobedeceria, porque es necesario que yo hable, monseñor... (*Conmovido.*) que hable ó que muera... He andado cien leguas á pié, sabedlo, para venir á acusar á ese hombre!... á ese hombre que ha asesinado á mi hija, y que despues me ha robado su cadáver! (*Montgeron se sonrie.*) ¡Si, infame! ¡Si, tú me has robado mi hija!.. Y cuando queriendo aclarar mis sospechas bajé á la bóveda, que tú mandaste cerrar tan de prisa... cuando temblando de pies á cabeza, traspasado el corazon de dolor, quise levantar el velo que cubria á mi amada hija... mis lágrimas regaron un féretro vacio!... No estaba ya allí el cadáver, porque el infame le habia hecho desaparecer para extinguir las señales de su crímen!...

MONT. (*Con impaciencia.*) ¡Pobre Domingo! Te perdono esas injurias porque tú mismo sentirás haberlas pronunciado... Ahora conozco que lejos de haber sido cómplice, has sido burlado como yo por una infame farsa. (*Rumores.*) Si, señores, y vos señor Cardenal, por una farsa infame. Ese hombre os ha dicho que la tumba de la condesa de Montgeron estaba vacia, y ha dicho la verdad!... Porque esa mujer que llevaba mi nombre no ha temido dejar caer sobre mi cabeza una acusacion terrible, para llevar á cabo el pensamiento mas atrevido y criminal que puede caber en cabeza humana... esa mujer no ha temido, ayudada de un narcótico, jugar con la muerte y dejarse enterrar á vista de todos para escaparse, mientras yo la lloraba, y echarse en los brazos de su antiguo amante!

DOM. ¡Su antiguo amante!

CARD. (*Ap.*) ¡Ganemos tiempo!

MONT. (*Dirigiéndose á todos y con calor.*) ¡Si, con su antiguo amante, que de concierto con ella habia preparado sin duda este ardid infernal!... Con su antiguo amante, que valiéndose de mi ausencia, ha tenido la audacia de traerla aqui... á este palacio... (*Haciendo señas á un ujier, que se marcha.*)

CARD. (*Ap.*) ¡Él lo sabia!

DOM. (*Con fuerza.*) ¡Oh!... no lo creais, monseñor; todo eso es mentira, mi Serafina ha muerto.

MONT. (*Llega cerca de Domingo.*) Vive, te digo... y en prueba de ello... mírala! (*En este momento Serafina, precedida del ujier,*

á quien antes hizo señas Montgeron, viene de la antecámara. Al oir la voz de Montgeron, que reconoce, se estremece y detienel Montgeron la vé, corre á ella y la conduce violentamente á la escena.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, SERAFINA, DAMAS.

DOM. (Fuera de si.) ¡Gran Dios! ¡ella! ¡ella!

SER. (Desvanecida.) ¡Sola! ¡Sola aqui!

CARD. (En voz baja, pasando á su lado.) ¡No... teneis aqui un amigo! (Adelantándose resueltamente hácia Montgeron, que separa de Serafina.) Muy atrevido sois en poner la mano sobre esta dama.

MONT. ¿Qué decis, señor Cardenal? Esta dama es mi mujer.

CARD. (Con fuerza.) ¿Y quién me lo prueba?... Esta señora es extranjera aqui... y á pesar de la turbacion y del espanto que le causa vuestra cólera, se vé bien claro que no os conoce... (Bajo á Serafina, que está próxima á desmayarse.) ¡Negadlo todo, ó Jorge está perdido!

MONT. (Con fuerza.) ¿No sois vos Serafina de la Faille?... ¿Os atrevereis á decir que yo miento?

SER. (Despues de un breve silencio.) Estais en un error, caballero... Yo no os conozco.

DOM. (Con pena.) ¡Oh.... ¡no es ella!

MONT. (Asombrado.) ¿Que no me conoceis?... (Sonriendo.) ¡Ah! ya comprendo... Pero este anciano, que os ha criado, os ha reconocido... ¿No es verdad, Domingo, que esa es tu hija Serafina?

DOM. (Despues de un breve silencio.) ¡Oh! ¡Es una semejanza extraordinaria... inaudita, que me parte el corazon! Pero no, no... ¡esa no es mi hija!... (Richelieu coge la mano de Serafina, que tiembla.)

MONT. ¿Qué dices?

DOM. ¡Mi hija!... mi hija Serafina, que amaba tanto á su pobre Domingo, no podria ver mi dolor sin partírsele el corazon... y esa señora permanece ahí... fria é impasible, viéndome llorar!... La tiendo los brazos... y ella no viene á arrojarse á ellos... (Deshecho en lágrimas.) ¡Oh, bien veis que no es ella! (Llora y Richelieu suelta la mano de Serafina.)

MONT. ¡Pero esto es infernal!... (Como herido de una idea.) ¡Ah! (Vá al foro y habla á un ujier.)

SER. (Ap.) ¡Oh! ¡cuánto daño me hacen esas lágrimas!

CARD. (Ap.) ¡Y Jorge, Jorge que no viene!... ¡Esas pruebas!... esas pruebas!

MONT. (Al ujier.) ¿Me habeis entendido? Andad. (Váse el ujier al cuarto de donde salió Montgeron.)

CARD. Conde de Montgeron, una extraña semejanza os alucina, y quiero creerlo y excusaros; pero ya es tiempo de terminar una escena sensible para todos, y mas para esta señora... Venid, señora.

MONT. (Cerrándole el paso.) No saldreis.

CARD. ¿Qué os atreveis á decir?

MONT. (Sonriéndose.) Que tengo que dirigir á esta dama otra pregunta.

CARD. (Ap.) ¿Qué irá á decirla? (En este momento vuelve el ujier enviado por Montgeron y trae de la mano una niña: al verle Montgeron corre á él, coge la niña y la coloca al lado de Serafina.)

MONT. Vos, señora, que no conoceis á nadie, ¿reconocereis á esta niña?

ESCENA IX.

LOS MISMOS, UNA NIÑA.

SER. (Dando un grito.) ¡Ah!... ¡mi hija! (La toma en sus brazos, la besa y cae desmayada.)

DOM. ¡Ella!... ¡era ella!... ¡Mi Serafina! (Corre á ella: las damas la rodean: Domingo la sostiene y se la lleva. Todo este grupo se dirige pausadamente á la puerta del ángulo de la izquierda, por donde se vá.)

CARD. (Ap.) ¡La madre se ha vendido!

MONT. (Con aire de triunfo.) ¡Ah! era una trama bien urdida, señor Cardenal!... Deseabais perderme; pero he sabido hacer resplandecer mi inocencia á los ojos de todos.

CARD. Yo por mi parte os daré entero crédito luego que le vea confirmado por el testimonio del doctor Guenault de Poitiers, á quien espero. (Jorge aparece por el foro.)

MONT. (Con arrogancia.) ¡Que venga pues!... ¡yo tambien le espero!

ESCENA X.

LOS MISMOS, JORGE.

JORGE. (Que viene precipitadamente por la galeria izquierda y dirigiéndose á Montgeron con fuerza.) Porque sabeis que ha muerto.

TODOS. ¡Ha muerto!

CARD. (Con cólera.) ¡Ah! Conde de Montgeron, sois un hombre hábil... Hace cinco años que me lo probasteis queriendo asesinarme...

MONT. (Colérico.) ¿Qué osais decir?

ESCENA XI.

LOS MISMOS, BASSOMPIERRE.

BAS. (Desde lo alto de la escalera.) Antes de acusar á los demas, señor de Richelieu, pensad en justificaros vos mismo.

CARD. (Volviéndose.) ¿Y quién se atreve á acusarme?

BAS. ¡Su majestad la reina madre!... (Baja lentamente y se dirige á Richelieu. Varias damas y caballeros permanecen sobre los escalones: las otras que se llevaron á Serafina vuelven á salir.) Señor de Richelieu, ya no sois ministro... saldreis de Paris esta misma noche. Aqui teneis la órden del rey. (Le presenta un pergamino sellado.)

CARD. (Despues de un silencio breve.) Pero antes me será permitido despedirme de su majestad.

BAS. El rey está en Versalles: no le podeis ver.

MARC. (Que ha salido de detrás de la cortina y del cuarto del rey, dice á Richelieu.) El rey está aqui... y se ha informado de todo. (Toma en seguida un aire de indiferencia, movimiento de alegria de Richelieu.)

BAS. (Pasando insolentemente por delante del Cardenal, y muy alto.) Por esta vez, segun creo, la partida está ganada.

CARD. (En la izquierda del proscenio, y ap.) Todavia no. (Entra por la puerta por la que Marcial salió.)

BAS. (Á Montgeron.) ¡Vuestra mano, querido Conde!... (Á los Cortesanos.) ¿No os decia yo, señores, que el Conde se justificaria, que es todo un caballero?

JORGE. (Corriendo á ponerse en medio.) ¡Y yo, señores, os digo que ese hombre es un infame!

(Movimiento de Montgeron, y de todos los señores.)

MONT. Despues de la calumnia el insulto.

JORGE. (Con rabia.) ¡Y este insulto te lo arrojo á la cara!

(Le tira el guante al rostro, Montgeron echa mano á la espada. Bassompierre y De-Termes se ponen en medio de los dos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO PRIMERO.

El Prado de los Clérigos. A la izquierda la casa de Maese Huguet.

ESCENA PRIMERA.

MAESE HUGUET el tabernero, BASSOMPIERRE, que cubierto con una larga capa, vá directamente á la casa y llama á la puerta.

BAS. ¡Hola!.. ¡Eh!... ¡maese Huguet!... tabernero del diablo... (Llama otra vez.) ¿Estará abandonada esta casa?

HUG. (Abriendo.) No por cierto, mi buen caballero... Aqui me teneis á vuestro servicio.

BAS. Acércate. ¿Supongo que conservarás la barca que tantas veces nos ha servido para huir de la justicia?

HUG. Si, señor.

BAS. Pues prepárala.

HUG. ¿De qué se trata?

BAS. De un desafio.

HUG. ¿Un desafio en el Prado de los Clérigos? ¿Se ha muerto el Cardenal?

BAS. Poco menos... porque ya no es ministro.

HUG. ¡Viva el rey!... ¡Oh! ¡qué fortuna!... los buenos tiempos van á volver.

BAS. Luego que tu barca esté preparada... irás como de costumbre durante el combate, á ponerte de centinela y velarás por que no nos sorprendan.

HUG. Tranquilizaos... ya conozco ese servicio .. en cuanto olfatee á la policia os avisaré.

BAS. (Viendo á Montgeron.) Está bien. Déjanos.

(Huguet saluda á Montgeron que sale, y váse por la derecha.)

ESCENA II.

BASSOMPIERRE, MONTGERON, que viene por la izquierda en traje de camino y con capa, llevando un coleto ó jubon perfectamente cerrado.

BAS. ¡Llegais el primero, conde!... ¿Habeis vuelto á ver á la reina?

MONT. ¡Si, y cada vez obtengo mas señales de la distincion con que me favorece! Acaba de darme una prueba de confianza, nombrándome su enviado secreto cerca del rey de España. Á vos puedo decíroslo, porque sois de los nuestros.

BAS. Recibid mi parabien, querido Conde; vuestros enemigos al tratar de perderos os han elevado mas... ¿Y el caballero de Garán?...

MONT. (Apoyando.) Su majestad... á ruegos mios, no ha querido castigar su insolencia.

BAS. Ahora pues, señor embajador... solo resta tener la vista certera y la mano firme.

MONT. (Quitándose la capa.) He dado mis órdenes... y dentro de una hora salgo para Madrid.

BAS. Admiro vuestra sangre fria!... Sin embargo, el caballero de Garán debe ser un adversario peligroso... La rabia y la de sesperacion aumentarán su arrojo... tened cuidado!...

MONT. (Sonriéndose.) Os repito que dentro de una hora partiré.

BAS. (Ap.) Es cosa singular!, ayer no me parecia tan seguro de si mismo. (Mirando al foro á la derecha.) ¡Aqui está ya nuestro hombre!... ¡Pardiez que me sorprende el testigo que le acompaña!... es el viejo loco de ayer.

MONT. (Confuso.) Domingo. (Huguet conduce á Jorge y Domingo: les enseña á Montgeron y váse por la izquierda.)

ESCENA III.

DICHOS, JORGE, DOMINGO.

DOM. Si, Domingo... y creo que no habrá ningun caballero que rehuse cruzar su espada con la de un veterano de Enrique cuarto.

JORGE. (Adelantándose hácia Bassompierre, á quien saluda.) Ya sabeis, caballero, que no se trata aqui de una cuestion insignificante ni de un lance que un pequeño rasguño ó unas gotas de sangre pueden darle por terminado, quedando el honor satisfecho. Entre el señor Montgeron y yo existe un odio mortal!... y por tanto entre ambos solo debe haber un duelo á muerte!

BAS. Lo sabemos, caballero.

JORGE. Los padrinos no pueden tomar parte en semejante desafio... y por tanto procurad ser aqui, como Domingo, un testigo, pero un testigo impasible.

BAS. Sin embargo...

MONT. Señor de Bassompierre, el caballero de Garán os ha dicho la verdad... nuestro duelo debe ser implacable como nuestro odio: y como nuestro odio no debe concluir mas que con la vida de uno de los dos... es necesario olvidar aqui todos los usos... todas las reglas ordinarias... (Con intencion.) Una herida, por profunda que sea, no suspenderá el combate... Toda la sangre del vencido pertenece al vencedor!... y pasando sobre un cadáver es como él ó yo debemos salir de aqui...

BAS. Pero esas condiciones...

JORGE. (Vivamente.) Las acepto, caballero.

MONT. (Con calma.) Medid las espadas, señor de Bassompierre... (A Jorge con ironia y á media voz.) ¿Hacen por vos tal vez en este momento fervorosas plegarias?...

JORGE. (Con furor.) ¡Mi espada, Domingo!

DOM. Tomadla... ¡y vive Dios!... no le erreis...

JORGE. (Colocándose frente á Montgeron.) ¡Por fin! (Despues de algunos golpes parados Montgeron toca á Jorge.)

DOM. ¡Ah!... ¡está herido!...

MONT. (Continuando.) ¡Atrás!...

DOM. (Con desesperacion.) ¡Su sangre corre!...

MONT. (Id.) Y esa sangre es mia hasta la última gota! (Jorge á

la vez toca á Montgeron en medio del pecho.)

DOM. ¡Bien! ¡le hirió!

MONT. No. (Jorge le toca otra vez.)

DOM. ¡Otra vez!... ¡y nada de sangre!... (Poniéndose entre los dos y separándolos.) ¡Deteneos!

BAS. ¿Qué haceis?

JORGE. ¡Domingo!...

DOM. (Abalanzándose sobre Montgeron.) ¡Estás armado, miserable!

MONT. (Retrocediendo.) ¡Yo!

BAS. ¡Es imposible!...

DOM. (Rasgándole el jubon y descubriendo una coroza.) ¡Miradlo!

JORGE. ¡Cobarde!...

DOM. ¡Hé ahí el secreto de tu valor!... Fuera las ropillas!... fuera las ropillas!...

MONT. (Resistiéndose.) No hay que usar de violencia... caballero de Bassompierre.

BAS. (Con indignacion.) Señor Conde, descubrid el pecho... estais deshonrando á la nobleza de Francia!... (Le arranca la coraza.)

JORGE. ¡En guardia, infame!!.. y tú lo has dicho, solo sobre un cadáver deberá salir el vencedor de aqui.

MONT. (Al arrancar Bassompierre la coraza caerá al suelo un pergamino sellado. Viendo el pergamino y poniendo el pié encima.) ¡Maldicion!

DOM. (Separándose.) ¡Ahora seguid... y que Dios os valga! (A la segunda pasada Jorge hiere á Montgeron.)

MONT. ¡Ah!... ¡estoy herido! (Bassompierre le sostiene en el momento que Huguet sale.)

HUG. (Corriendo.) ¡Alerta, señores... la policia!

DOM. ¡La ronda!... ¡voto al chápiro!... Es necesario picar soleta.

BAS. (Arrastrando á Montgeron por la derecha.) Huid, Montgeron: ahí teneis una barca dispuesta: venid... venid...

DOM. (Queriendo llevarse á Jorge por la izquierda.) Y nosotros por aqui. (Vá hácia el foro.)

HUG. (Deteniéndole.) Esa salida está interceptada.

MARC. (Saliendo de pronto por la taberna.) ¡Pero esta está libre!

DOM. (Con alegria.) ¡Marcial!

MARC. (Empujándole hácia la casa de Huguet.) Lárgate, papá, lárgate... al palacio del Cardenal! (Viendo en el suelo el pergamino que se le cayó á Montgeron y cogiéndole.) ¡Oh! ¡El

pergamino! (En este momento se presenta la ronda por el foro derecha.) ¿Buscais al caballero de Garán?... por aqui, señores... por aqui... (Los vá guiando con rostro risueño por el lado que se fueron Montgeron y Bassompierre. Cae el telon.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

MUTACION Á LA VISTA.

Un salon del palacio del Cardenal que dá á los jardines. Á la derecha é izquierda en los ángulos ventanas rasgadas. En el proscenio á la derecha una mesa cubierta con un rico tapete. Sillones.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA, sentada en el proscenio á la izquierda.

¡Si Marcial habrá llegado á tiempo de impedir ese horrible desafio!... ¡Oh! ya debia estar aqui. (Vá á la ventana de la derecha.) La plaza está llena de gente. ¿Qué querrá esa muchedumbre? (Voces dentro: ¡Muera el Cardenal!) (Con agitacion.) ¿Qué oigo? ¡Si, es la muerte del Cardenal lo que piden esos hombres!... (Nuevos gritos.) Es cierta la caida de Richelieu... y la saben todos!... ¡Sus enemigos triunfan... está perdido y con él mi última esperanza!... ¿quién protegerá ahora á Jorge?... Jorge, que está herido... muerto quizá!... porque ese duelo era sin duda un lazo tendido á su valor... á su lealtad!... Si!... ¡le habrán asesinado!

ESCENA II.

DOMINGO y JORGE, salen con la espada en la mano por una puerta de la izquierda. SERAFINA.

DOM. (Trayendo á Jorge hasta un sillon y sentándole.) De eso tra-

taban... ¡pero cuerpo de Cristo!... estaba yo allí.

SER. (Acercándose á Jorge, que permanece inmóvil y desfallecido.) ¡Jorge! ¡Jorge!

DOM. (En el foro.) Confio que habremos desorientado á la ronda.

SER. (Con espanto.) ¡Sangre!... (La restaña.)

JORGE. No os asusteis... no es nada... El traidor Montgeron hubiese pagado con su vida, si la ronda no hubiese acudido, avisada sin duda por él... ¡Cobarde!...

DOM. Pero lo que debemos tratar ahora es de proporcionarnos caballos y pasar la frontera á toda costa... Que Montgeron y sus satélites me concedan una hora siquiera, y yo respondo del caballero Jorge!... ¡Por Dios trino y uno! Hoy es necesario que mis piernas se olviden que son viejas y me dejen airoso. (Vá á marcharse por la puerta del foro, cuando esta se abre.)

ESCENA III.

DICHOS, BASSOMPIERRE, LANGEAC, guardias.

BAS. En nombre del rey tomo posesion del palacio del Cardenal. (Los soldados permanecen en el jardin.) Asegurad á ese hombre.

DOM. (Bruscamente.) ¡Oh! no hay para qué... no tengo deseos de salvarme solo. (Se coloca entre dos soldados que han entrado.)

BAS. Caballero de Garán, daos preso!... Señora, he recibido órden de su majestad la reina madre de haceros conducir á Luxemburgo.

SER. (Asiendo á Jorge.) ¡Jorge!... no me separo de tí.

CORT. (Mirando por la ventana de la izquierda.) Abren la verja principal... una litera entra en el patio del palacio.

BAS. Es la reina madre.

ESCENA IV.

DICHOS, el CARDENAL. Los cortesanos aparecen en el foro, y al mism. tiempo por la puerta lateral de la izquierda salen todas las damas de la córteo Richelieu se presenta el último.

TODOS. ¡Richelieu!!!

CARD. (Desde el foro.) ¡Sí, señores, Richelieu, primer ministro! (Al jefe de los guardias.) Señor de Langeac, que nadie salga de aqui. (Baja al proscenio.)

SER. (Arrojándose á sus pies.) ¡Ah, perdon! ¡perdon, monseñor!

CARD. (Viendo á Jorge y con dolor.) ¿Todavia en Paris, caballero?

SER. ¡Oh! vos le salvareis...

CARD. (Con solemnidad.) Señora, nada puedo en favor del caballero de Garán: se ha batido en desafio, y su contrario espira en este momento. (Serafina se sienta llorando.)

DOM. ¡Muerto!... pues Dios tenga piedad de su alma.

CARD. (Con gravedad.) Sabedor de todo, me he interesado con el rey, porque el rey solo es mas poderoso que la ley... Pero su majestad me ha respondido: «La ley no preservó la cabeza del señor de Boutteville;» y me ha negado el perdon. (Sensacion.)

ESCENA V.

DICHOS, MARCIAL.

MARC. (Jadeando.) ¡Pero aqui le traigo yo! (Movimiento de alegria.)

TODOS. ¡El perdon!

MARC. Si, el perdon, y firmado por el mismo rey... Leed, leed, monseñor... ¡Oh! todo está en regla. (Entrega al Cardenal dos cosas, una es el perdon de Jorge, la otra es el pergamino.)

CARD. (Con viveza.) ¿Qué veo? ¿El tratado secreto con España? cómo se encuentra esto en tus manos?

MARC. ¡Ah! por vida mia, que no me costó mas trabajo que recogerle del sitio del combate... Estaba tirado en el suelo... reconocí mi pergamino amarillo; el complot contra el rey.

BAS. (Á Guisa.) ¡Somos perdidos!

MARC. (Muy vivo.) Sin perder un momento corro al Louvre, y como conozco todas las entradas hasta las mas secretas, me anuncio yo mismo y caigo á los pies de su majestad, como llovido del cielo, y le entrego el pergamino. ¡Cuerpo de Cristo!... (Movimiento del Cardenal.) como dice mi papá. ¡Si hubieseis visto votar al rey! El Cardenal tenia razon, dijo: ¡oh! ¡infames... caro la han de pagar! ¿Qué quieres tú en premio de un servicio tan grande? Habla y lo que quiera que pidas, te doy mi palabra real que lo tendrás.» Yo no me lo hice repetir dos veces y

dije: «Señor os pido el perdon del caballero de Garán.» Se lo he negado al Cardenal, pero á tí te lo otorgo. (Inclinándose delante del Cardenal.) ¡Perdonadme, monseñor, de haber tenido mas valimiento que vos!

DOM. (Abrazando á Marcial.) Y yo, te perdono no haberte querido hacer soldado.

CARD. (Que ha estado leyendo con alegria.) ¡Oh! el rey no me niega ahora nada. (Alto y con voz firme.) Voy á recompensar á cada úno segun sus obras. Caballero de Bassompierre, á la Bastilla, y Maria de Médicis á un destierro.

(Bassompierre, despues de un movimiento de cólera, entrega su espada á Langeac, que se acerca á él.)

MARC. (Á Domingo.) Justamente, adonde ellos querian enviarle.

CARD. (Con bondad.) En cuanto á vos, caballero de Garán, partireis mañana para una comision importante; (Movimiento de Jorge.) pero volvereis dentro de un año.

DOM. (Á media voz.) ¿Oyes? ¡le dice que se marche!

MARC. (Á Domingo, y con confianza.) No se marchará.

DOM. ¿Cómo?

MARC. (Con aire presuntuoso.) Ya me las arreglaré yo con el rey. (Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 22 *de Diciembre de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

de un inocente.
trabajo.

nclusero.

ıra.

ı.

).
ıles.

s.
eo.

es del vicio.

a de oro.
ımo, ó carbonero

la niña.
engadora.

a casa.
e mármol.
ey poeta.
s, ó cada loco con

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.
Las dulzuras del poder.
La novela de la vida.
La torre de Garán.
Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ólos duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

acto.
lladolid.
e caballero.

y alcohool.
o.

e reinado.
. *(La música.)*

muerzo.
a música.)
l archiduque.

mberi.

que está puesta

e. *(La música.)*

nanita.
ey. *(La música.)*

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantizima.
Las distracciones.
La vieja y el granadero.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. *(La música.)*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El dominó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La música.)*
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Poyá é hijo.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Carpizo.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Perales.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Perez.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osorno é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vincent.
Mérida	Diaz.
Marto	Garcia.
Oviedo	Pruneda y Mán
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomás
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra
Santander.	Hernandez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez Aranda.
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Menes
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodri
San Martin de Valdeiglesias.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de Cas
Toro.	Tejedor.
Tuy.	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy,
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. de Heredia.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, principal.